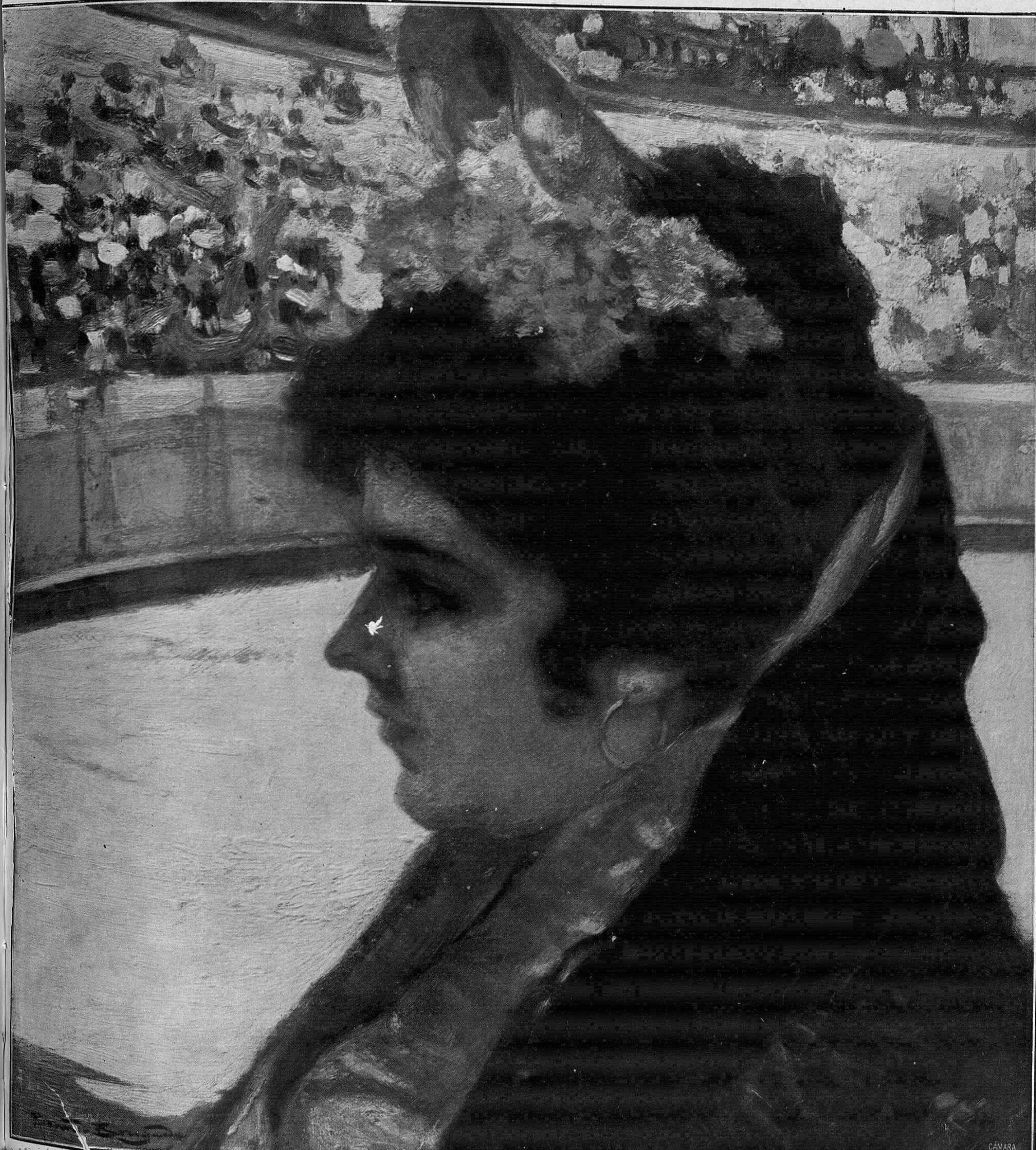


La Esfera

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

Año II * Núm. 66

Precio: 50 cént.





Si quereis tener
la piel fina y
delicada lavaos
con Jabon

HENO de PRAVIA

A. Ehrmann.

La Esfera

Año II.—Núm. 66

3 de Abril de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL GRAN DUQUE NICOLAS DE RUSIA

DIBUJO DE GAMONAL

Comandante en jefe de las tropas que combaten contra los alemanes en Polonia

DE LA VIDA QUE PASA
EL ARCHIVO DE OSUNA

EN un artículo, publicado recientemente por LA ESFERA, hablaba yo del archivo de Osuna y de cómo se vió en trance de morir á manos de un traperero. ¿Es posible—me han preguntado por escrito algunas personas—que lleguen á tales extremos de incuria quienes, de oficio, son guardianes ó representantes de la cultura nacional?

No llegan sólo á esos extremos, hacen más: los traspasan.

Si el archivo de los Girones quedó, por azar venturoso, á salvo del carro traperil, corre peligro ahora de ser facturado para Londres y de perderse para España.

A no andar los ingleses distraídos con la espantosa carnicería humana, por cuya virtud pasará el siglo xx deshonrado á la historia, acaso estuvieran á punto de ultimarse las negociaciones entabladas por el Museo Británico, con los liquidadores de la casa de Osuna, para incautarse de su relicario documental.

El Museo Británico ofrece por el archivo á los liquidadores un millón de pesetas.

Bien puede ofrecerlo, sin miedo á que le llamen pródigo.

Entre los *papelotes* que iba á comprar, al peso y á seis reales arroba, un ropavejero del Rastro, figuran, con otras preseas históricas, y artísticas, los archivos de treinta Casas Grandes; mil comedias inéditas, escritas por los dramaturgos del Siglo de Oro; originales múltiples de los más afamados líricos; correspondencias diplomáticas y un epistolario secreto, con su clave correspondiente para poderlo descifrar.

Así eran también, secretas y con clave descifradoras, las cartas diplomáticas del tiempo de Felipe IV, que guardaba celosamente en su admirable biblioteca don Antonio Cánovas del Castillo. Casi en total se han perdido para nosotros.

La historia patria, desde la Edad Media hasta los últimos Borbones, puede rehacerse, con absoluta plenitud, hojeando el archivo de Osuna. Grandes y duras enseñanzas tomarían los gobernantes de hoy, estudiando en aquellos legajos la política de los gobernantes de ayer. Quizás por huir la confrontación, no estorban las proposiciones del Museo Británico: Hay espejos donde no conviene asomarse.

Si sale de España el archivo, con los documentos históricos, con la diplomática correspondencia y el epistolario secreto se irán para no volver nunca, manuscritos de Calderón, de Cervantes, de Lope, de Tirso, de Alarcón, de Moreto, de Rojas, de Vélez de Guevara, de D. Francisco de Quevedo y Villegas...

Seguramente hay en el secreto epistolario, cartas, muchas cartas de las que se cruzaron entre Quevedo y el Duque de Osuna, cuando éste era virrey de Nápoles, cuando se esforzaba inútilmente, el hidalgo inmortal en acrecer la figura histórica de aquel gran señor tan pequeño.

Daño grave y vergüenza enorme representará para la cultura española la pérdida de tan valiosos documentos; y, sin embargo, el Estado no lleva trazas de acudir al remedio del mal.

¿Por qué no acude?

Porque la adquisición del archivo representa un gasto cuan-

tioso, un desembolso perentorio, que no permite realizar la deplorable situación de la Hacienda. Los liquidadores de la casa de Osuna ceden el archivo al Estado por quinientas mil pesetas, pagaderas en diez años, cincuenta mil anuales.

Como se ve ni es tan ruinoso el gasto ni tan perentorio el desembolso.

Para que sea propiedad del Estado el archivo de los Téllez Girón; para cumplir una obra que, según Menéndez Pidal, es la más grande que puede hacerse en gloria y en beneficio de la cultura patria, lo que falta no es el dinero, es el amor á esa patria cultura.

Y no será porque no se haya procurado revivir este amor, en los obligados á sentirlo, con todo género de advertencias y excitaciones.

El juicio de Menéndez Pidal se pronunció con voz alta y firme; Ricardo Fuente inició una campaña periodística que se apresuró á secundar la prensa; don Hermenegildo Giner de los Rios pronunció discursos y más discursos en el Congreso de los Diputados, recordando al Gobierno y á los políticos prohombres, el deber que tenían de conservar para España el archivo glorioso, de oponerse á la ignominia que significaba dejarlo ir á poder de extraños.

Todo inútil; nada se ha hecho aún: es de presumir que en adelante, nada se haga tampoco.

Si ello se confirma, correrá el archivo de Osuna suerte idéntica á la que corrieron lienzos de pintores insignes, documentos, libros, bibliotecas y manuscritos, con que se enorgullecen los museos de extranjeros países ó pavonean, exhibiéndolos en sus colecciones, los multimillonarios, los reyes del petróleo ó de la gasolina, que honran y conservan, por amor de la vanidad, lo que el Estado español no supo honrar y conservar por amor de la cultura patria.

Irá á poder del Museo Británico el relicario documental de los Téllez de Girón, si no lo remedia un milagro—hasta yo quiero esperar en ellos.—Así como han ido otras joyas del arte y de la literatura nacionales, como irá, muy pronto tal vez, la famosa biblioteca de Sbarbi y con ella la mejor y más completa colección de nuestros refranes y de nuestra música religiosa.

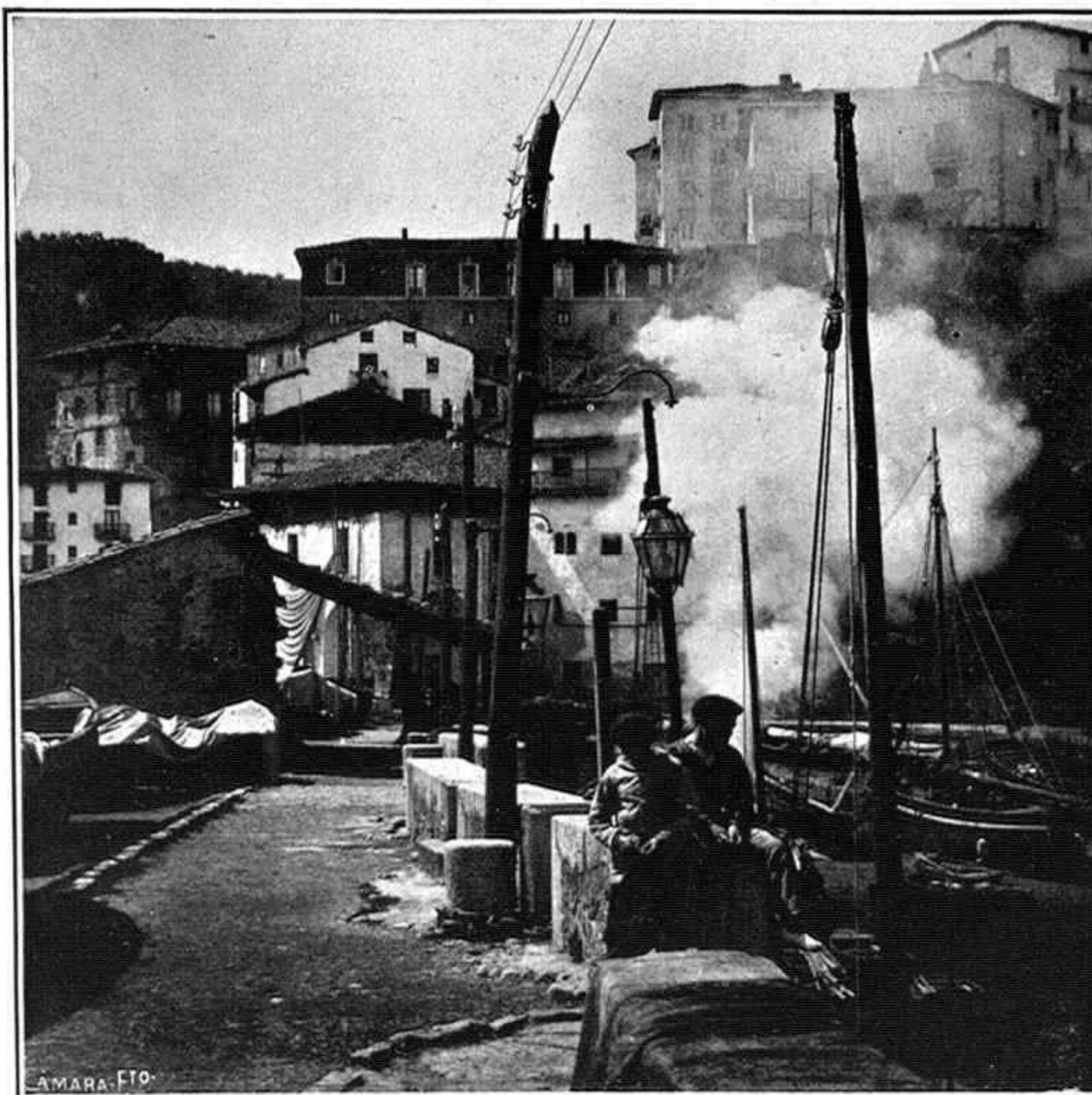
ooo

Doloroso es hablar así, pero es todavía más doloroso ver cómo se desatienden, por los llamados á adelantarse á ellas, advertencias, indicaciones, campañas periodísticas, instancias de eruditos y sabios, cuantas voces se esfuerzan en desentumecer los oídos tercamente sordos de los estadistas españoles.

De seguir la sordera, tendrán nuestros hijos que acudir para conocimiento de nuestras riquezas históricas, artísticas y literarias, á las bibliotecas y á los museos extranjeros.

Allí sabrán cuáles y cuán grandes eran esas riquezas; y sabrán también por culpa de quienes las perdimos, como sabemos ahora, revisando el archivo de Osuna, por qué fenecieron nuestro poderío nacional y nuestros prestigios humanos, bajo el dominio de los Carlos y los Felipes.

JOAQUÍN DICENTA



BARRIO DE PESCADORES

*Barrio de pescadores, tortuoso y negruzco
—donde, un día, quisimos quedarnos para siempre
viendo el vaivén de cuna que las barcas tenían
y las telas de araña que fingían las redes...*

*El agua de la mar, que allá lejos tronaba
esfumando los lividos espectros del naufragio,
tal vez arrepentida anegaba la dársena
en riente y doméstica placidez de remanso.*

*A bordo de un brik-barca fragante de canela
un marmítón y un gato, con igual dulcedumbre,
veían por el cielo añilado de Agosto
pasar las luminosas goletas de las nubes.*

*Insistía el martillo; roncaba una sirena;
la gaviota de plata rompía su espiral
y luego en una boya bermeja se posaba
quitando, de repente, su importancia á la mar.*

*Olores de marisco, de brea y de pintura
adensaban el aire; humeaba un figón...
Voluptuosamente las quillas se tumbaban
y en su vientre encendía optimismos el sol.*

*Barrio de pescadores que moriréis un día
besando los malditos labios de la borrasca,
y lleváis en las velas más viento que en la frente
y despertáis la lira violenta de las jarcias;*

*viejecitas insomnes, rapaces enlutados,
viviendas miserables, tabernas penumbrosas;
laudes que recuerdan los negros ataúdes,
y polvorientas algas invadidas de moscas;*

*barrio de pescadores que formas otro mundo
y no tienes más oro que la escama del pez,
y vives, olvidado, entre la mar y el cielo,
del temblor de la vela y el temblor de la red...*

*Nosotros, paseando, burgueses, cierto día
te creímos arcadia, donde, de corazón,
habríamos trocado nuestro inútil empaque
por un traje de hule, por una pipa y por
un soñoliento y dulce
y lírico acordeón...*

E. RAMÍREZ ANGEL

FOT. BORRELL

LO QUE FUÉ
LA PRIMERA CORRIDA
(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



D. JOSÉ CANALEJAS Á LOS TREINTA AÑOS

EN la Semana Santa de 1878, casi por vez primera, lució sus esplendores la Corte en la tradicional y ya desaparecida visita de los Reyes á los Sagrarios. ¡Aquellos Jueves Santos de antaño, qué brillantes, qué pintorescos! Iban los Reyes rodeados por el Gobierno, por las autoridades, por los palaciegos, grandes de España, mayordomos y gentiles hombres. Escoltaban á los augustos señores, que recorrían á pie el itinerario, fuerzas del ejército con uniforme de gala, y formaban parte del cortejo las artísticas sillitas de mano, que hoy satisfacen la curiosidad de quienes visitan las caballerizas y cocheras de la Real Casa.

Salió Don Alfonso XII con la Reina y con la Princesa de Asturias para recorrer los templos. El público agolpóse al paso de la comitiva saludando al Monarca, siempre tan simpático, tan inteligente y tan madrileño. Las reales personas recibieron grandes muestras de simpatía. No hubo señor de aquella época que no cubriese su cabeza con sombrero de copa, ni dama que prescindiera de la mantilla como tocado. Ahora es cursi en los hombres ponerse de tiros largos, y ni en Jueves Santo, ni en ningún día del año, hay quien lleve, por gusto, la chistera. Las señoras no abandonan su sombrerete por nada del mundo, y en la Semana Mayor, como en todas las demás, se olvidan de las airosas blondas que eran, hace seis lustros, el mejor adorno de las españolas.

Durante las solemnidades, con que actualmente se celebra la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, recuerdan los viejos con melancolía, las costumbres de antaño. Ya no sale la Corte en procesión, ni llevan mantilla las muchachas, ni pasean los artesanos por la Carrera de San Jerónimo, con trajes domingueros; ni van los pollos con *bimba*, ni hay nada que huele á español puro, ni siquiera á madrileño, al visitar las estaciones en la tarde de Jueves Santo.

En lo que no han cambiado las costumbres, dicho sea con el pesar que corresponde al caso, es en dar muestras de grandes entusiasmos tauromáquicos, al acercarse el Domingo de Pascua. Aquel año á que aludo, paseó *Frascuélo* por la Carrera de San Jerónimo, el jueves y el viernes de la Gran Semana, luciendo trajes de majo con chaquetilla color cereza un día y de color verde obscuro otro, y en ambos con pantalón negro y faja ceñidísima, bordada con vistosas y diferentes sedas. Salvador Sánchez cubría su cabeza con calañés y saludó á sus amigos y pavoneó la recia y airosa persona antes de irse á Sevilla, porque en 1878 no inauguró la temporada en Madrid, y no alternó, por lo tanto, con *Lagartijo*, que era su amigo y su rival; el que compartía con él las predilecciones de la *afición*.

La temporada taurina de 1878 la inauguraron *Lagartijo*, *Hermosilla* y *Felipe García*, y el público salió poco satisfecho de la corrida. Cierta que entonces la fiesta no interesaba como ahora á las clases distinguidas; era más de las populares que del señorío y por ello no tenía tanta resonancia como en los tiempos actuales.

Don Casiano Hernández, el empresario en aquella fecha, tuvo fama de su habilidad para

conducir el negocio, aun cuando no pudo enriquecerse á su costa. Bien que las plazas de toros, salvo algún caso excepcional, sólo han acarreado disgustos y ruína á sus explotadores. En la primavera que ahora evoco, fué censuradísimo Casiano por no haber presentado á *Frascuélo* con *Lagartijo*. El empresario era protector del torero *Felipe García*, desaparecido hace muchos años sin dejar otra fama que la de haberse arrojado siempre á matar á los cornúpetos con una violencia y un valor extraordinarios, y con *Felipe García*, *Hermosilla*, que todavía vive, y fué un mozo valiente, y con el inolvidable *Lagartijo* formó el cartel de la primera corrida. No se concebía entonces fiesta de toros, sin que compitiesen *Lagartijo* y *Frascuélo*, que eran los émulos del coso, como lo fueron en el Real Gayarre y Stagno y en las funciones dramáticas Calvo y Vico. Siempre tuvimos en España tendencia á estar divididos en dos bandos y por esa propensión no hay pensamiento transcendental, ni empeño artístico, ni fiesta que deje de empujarnos á formar dos partidos llenos de apasionamiento, sordos á cuanto sea justicia, serenidad y transigencia.

Quedamos, pues, en que la temporada taurina de 1878, no se inauguró lucidamente. Bien que como ya queda apuntado, el espectáculo tenía



EL TORERO HERMOSILLA

menos entusiastas que en estos benditos tiempos y sobre todo, quienes lo eran no representaban en su mayoría, como á la sazón, á las clases pudientes, las que se llaman de posición influyente. Las corridas representaban lo popular; lo plebeyo. Ya lo dijo el propio *Lagartijo*, cuando en la vejez advirtió que en la lidia de reses bravas, sentíase el imperio de un cierto modernismo...

«Los toreros se van haciendo muy *finolis*. Antes decíamos: Toro, toro, cuando estábamos en la brega; ahora dicen bicho, bicho. Antes gritábamos á los peones: ¡Fuera; dejarle! Hoy en día el *espá* chillá: ¡No le hostigues; no le hostigues!»

Ni en lo artístico ni en lo político hubo nada de notable en aquel periodo de 1878. Ocurrió una gran desgracia. El fallecimiento del ilustre maestro de Literatura latina y española, de la Universidad Central, Amador de los Ríos. Al desaparecer de la cátedra el sabio profesor suscitáronse vivas cuestiones respecto de quién había de sustituirle. Desde luego supose con regocijo que el cargo se proveería por oposición, y entonces empezaron á sonar nombres de jóvenes dispuestos á disputarse la cátedra.

Entre los que sonaban había varios conocidos. Uno era Sánchez Moguel; otro, don José Canalejas y Méndez, que tenía veinticuatro años,

había sido ya auxiliar y gozaba de notoriedad por su palabra elocuente y su inteligencia extraordinaria. Bien se realizaron los vaticinios hechos acerca del entonces distinguido muchacho, pero ¡qué dolor tan grande que su preclaro entendimiento desapareciera de la vida antes de cumplir por completo los altos fines á que estaba destinado!

Al evocar estos episodios académicos, recuerdo también que por entonces hablaron los periódicos de la creación de una escuela de párvulos sistema Froebel. En efecto, la Escuela se hizo en los terrenos de Montealeón, ahora convertidos en populosa barriada, pero ¿no es verdad que al cabo de los treinta y siete años no hemos progresado cuanto se debía en lo de difundir la primera enseñanza?

En cambio se atiende mucho más al cuidado de los niños, sobre todo después de implantada la ley protectora, que honra á España. En estos tiempos no se hubiera consentido lo que en aquellos toleraron las autoridades en el Teatro de Novedades, donde una compañía de chiquillos de ambos sexos, y algunos menores de diez años, representaban un drama titulado *El Mártir del Gólgota*. El drama era sacro y estaba escrito por el director de la compañía infantil, don Luis Blanc, quien después de haber sido agitador de muchedumbres, jefe de milicianos federales, diputado á Cortes y efectivo personaje, tuvo que ganarse la vida dirigiendo á los niños encargados de representar obras dramáticas.

Si estas representaciones tenían poco de lucidas, en cambio lo fueron mucho las de ópera dadas en la Comedia, donde cantaron la Ferni, estimadísima en Madrid, y los tenores Paoletti y Fernando Valero. Dirigía la orquesta Pérez, Perecito, como decían los artistas y figuraba en ella el gran don Pedro Urrutia, el mismo que ahora suele empuñar la batuta, sobre todo, cuando se exhuma alguna producción de Bellini ó de Donizetti.

Han cambiado bastante las cosas desde los días que traigo á las mientes. Reuniéronse entonces los comerciantes de la Carrera de San Jerónimo, en busca de medios para que la calle se convirtiese en paseo. Ahora tienen que reunirse para que la importante vía pública se trueque en lugar donde van á verse y saludarse paseantes que, á pie ó en coche, se entregan al madrileñísimo deporte de dar vueltas en una reducida área, estrujándose mutuamente y á la vez que se contemplan cien veces en una hora.

Fué también al mediar el año 1878, cuando el Gobierno presentó á la consideración del Rey un proyecto de autorizaciones que tendía á prevenir el caso de que degenerase en conflicto europeo, uno pendiente entre Inglaterra y Rusia.

Y ahora Inglaterra y Rusia, unidas con Francia, luchan en los campos de batalla contra Alemania y Austria, en guerra que hace treinta años se creía imposible. Repitamos como el gran poeta que

«para verdades el Tiempo
y para justicias Dios».

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRÍGUEZ



RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO)

BIENOS
BIOTECNA
ADRID

CENTENARIO DEL PRÍNCIPE DE BISMARCK EL FUNDADOR DE UN NUEVO IMPERIO



El castillo de Schönhausen, en el que nació el príncipe de Bismarck el año 1815



Parque de Sajonia, en el que se conserva el banco en que solía sentarse Bismarck

FOTS. PARRONDO

La capital del Imperio Germánico celebró con grandes fiestas el día 1.º del pasado el centenario del natalicio del príncipe de Bismarck, el *Canciller de Hierro*, á cuya indomable energía, á cuyas dotes extraordinarias de valor, de inteligencia y de rigidez, á cuya política audaz é inflexible debe Alemania su fuerza militar y su engrandecimiento presente.

Para los demócratas europeos no puede ofrecer grandes simpatías la figura altiva de aquel formidable político, por la franca hostilidad con que combatió siempre cuanto significara franquicias y libertades populares, por haberse mostrado como el más acérrimo defensor de los fueros de la Corona y de los privilegios de la nobleza y por el desdén con que trató á las representaciones nacionales en las Cámaras, á las que llegó á negar el derecho á intervenir directamente en la gobernación del Estado, mostrándose enemigo de toda tendencia liberal y de toda intromisión del pueblo en los asuntos públicos.

Pero esta misma intransigencia con todo lo que significara influjo de la opinión sobre las decisiones del Estado, esta franca enemiga á reconocer derecho á intervenir en la gobernación á las representaciones del pueblo, es precisamente lo que agiganta su figura á los ojos de los que sin valor moral suficiente para imitarle,

arrostrando las consecuencias de esa rígida inflexibilidad que caracterizó su política, son partidarios de la restricción y del autoritarismo, considerándolo como el medio único de hacer naciones fuertes y poderosas.

ooo

Prescindiendo de toda apreciación en este sentido, y dejando aparte todo argumento acerca del régimen que juzgamos más adecuado para

destinos de su patria y la enorme proporción que le corresponde en su engrandecimiento.

Desde sus primeros discursos en la Dieta de Sajonia, allá por el año 1847, hizose notar tanto por sus tendencias reaccionarias como por la forma vehemente de expresar públicamente sus opiniones.

Bosquejábanse en el joven subteniente de infantería ligera, el futuro hombre de Estado que había de ejercer un dominio absoluto y una decisiva influencia, no solamente en su nación, sino también en las extrañas, y no pasó mucho tiempo sin que las líneas de su figura adquirieran el vigor y la firmeza que habían de darle los férreos caracteres que la hicieron destacar entre las de mayor relieve de su tiempo y aun hoy la muestran como la más enérgica y grande de cuantas pueden ser evocadas de algunos siglos á la fecha. Seguir paso á paso la vida pública de Bismarck sería tarea larga y enojosa, porque desde que comenzó á significarse hasta que su actuación en los negocios públicos dejó de ser tan directa y tan definitiva como lo fué desde que Guillermo I le encargó de formar gobierno, tan complicada fué su labor, encaminada desde el primer momento á la reconstitución nacional, que necesitaría muchas páginas para hacer de ella un ligero relato.



El príncipe de Bismarck, en traje de paisano

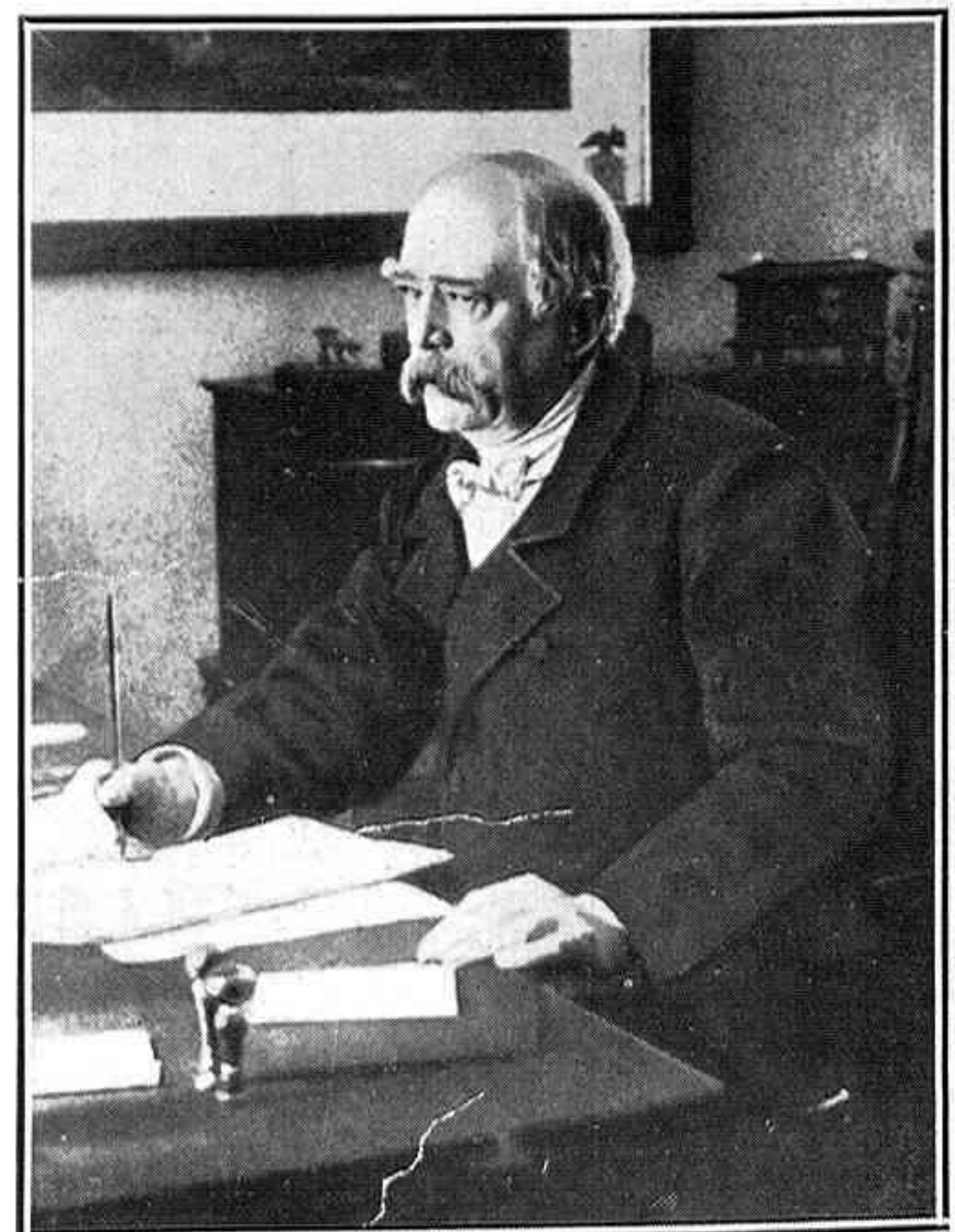


EL CANCELLER DE HIERRO

Príncipe de Bismarck, con el uniforme de coracero
FOTS. «BERLINER ILLUSTRATIONS»

conseguir este efecto, hemos de convenir en que la figura de Bismarck alcanza unas proporciones gigantescas y en que para el Imperio Germánico representa indudablemente la conquista del poderío y de la fuerza, del progreso y de la fortuna. Sobre este hecho no cabe discusión ni hay para qué entablarla aun en el caso de que cupiera.

De un ligerísimo bosquejo biográfico de aquel hombre despréndese inmediatamente la influencia verdaderamente formidable que ejerció en los



Bismarck en su gabinete de trabajo

LA ESFERA

EL ARTE Y LA FOTOGRAFÍA



MATER DOLOROSA

FOTOGRAFÍA DEL DR. PERRÁN

Nadie pudiera sospechar que la admirable figura de esta *Mater Dolorosa* es realización de un inerte mecanismo y no luminosa traza de unos pinceles de preclaro renacentista ó reproducción gráfica de una talla de Alonso Cano. Y, sin embargo, creó la hermosa obra de arte una cámara fotográfica. Que también puede ella, cuando la enfoca una inspiración, realizar espléndidas maravillas con toda la intensa sugestión de una obra pictórica

EN EL CÁUCASO Y EN EL MAR NEGRO

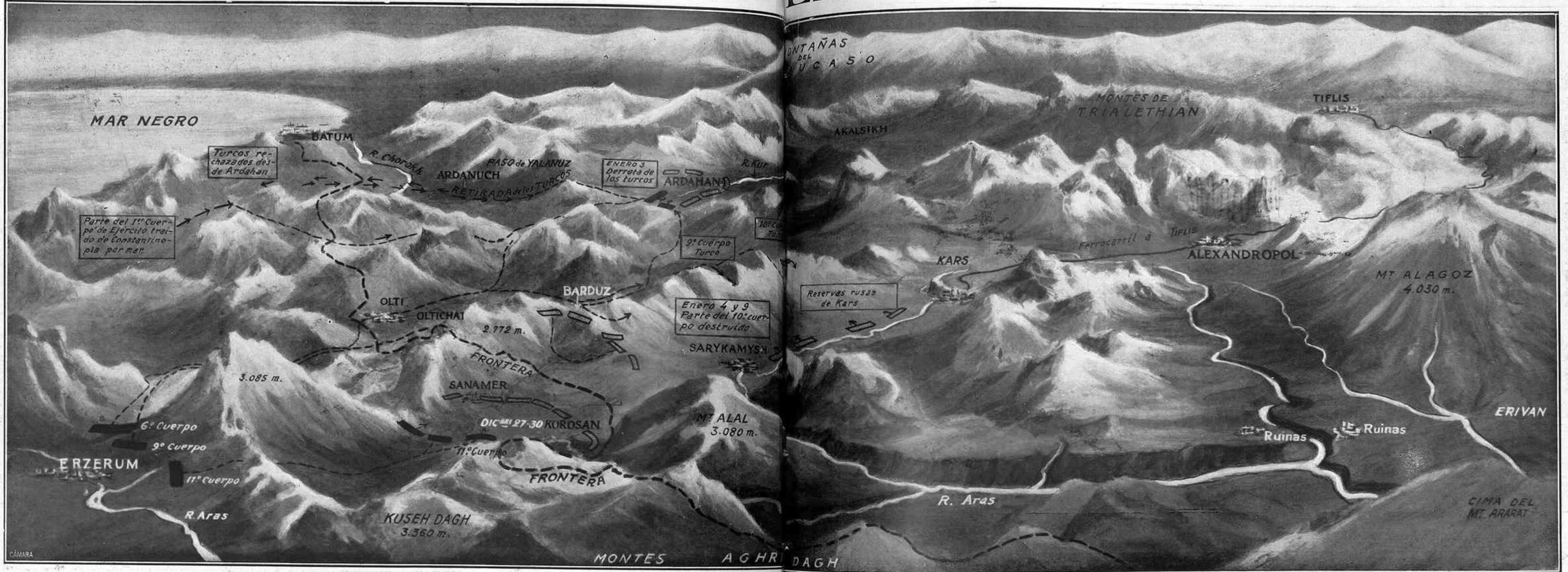
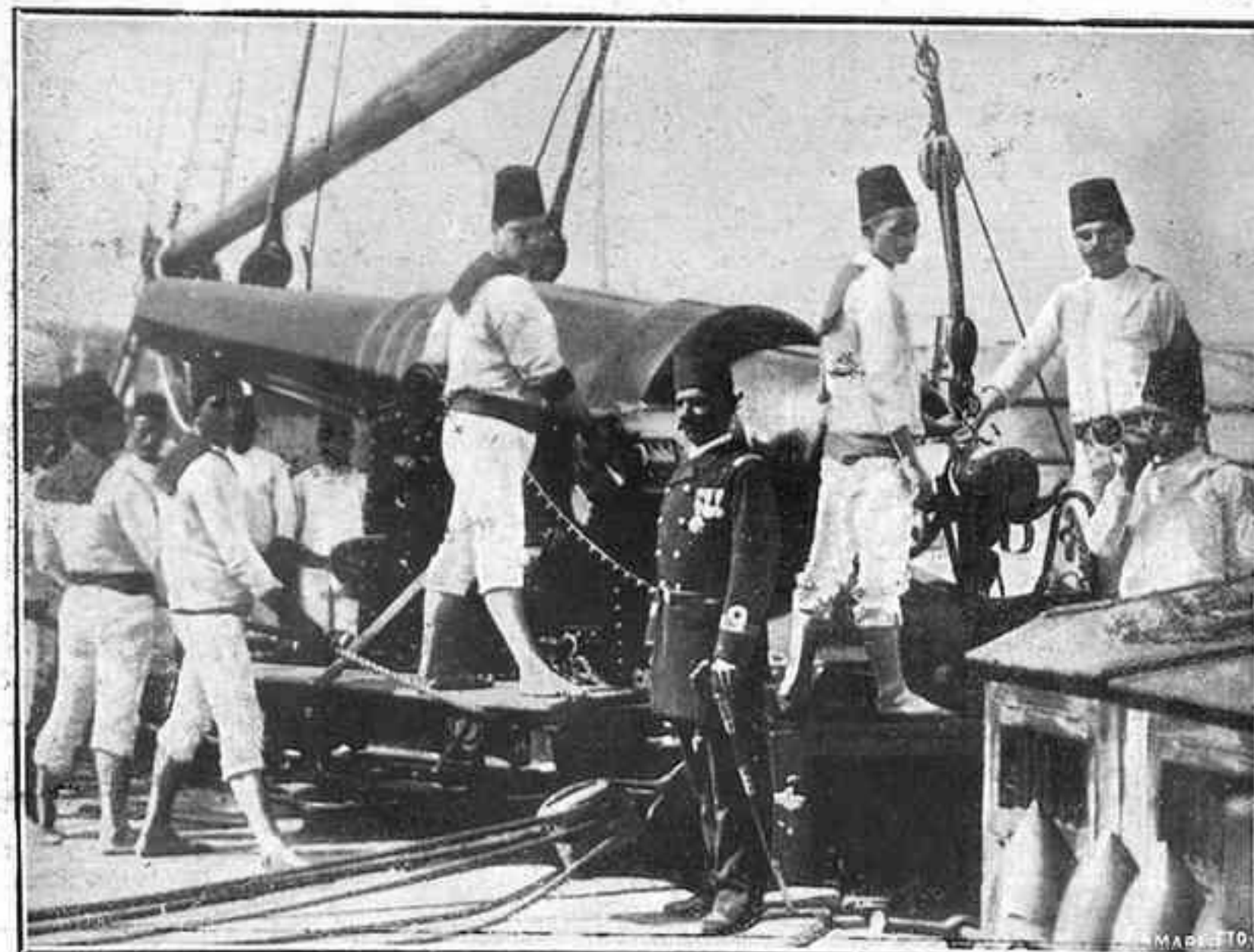


GRÁFICO DE LAS OPERACIONES TURCO-RUSAS EN LAS MONTAÑAS DEL CÁUCASO, Y QUE TAN DESFAVORABLES FUERON Á LAS ARMAS OTOMANAS



Maniobras de cañón á bordo de un crucero turco en el Mar Negro

Turquía fué arrastrada por Alemania á esta dura pelea que puede cerrarse para siempre, tras cerca de cinco siglos de dominación, las puertas de Oriente europeo.

Entre los mares Negro y Caspio y acaballada sobre Europa y Asia, está la vasta y férz region de Caucasia, dominada por Rusia y poblada por variedad de razas.

En las ciudades principales de Caucasia: Tiflis, Elisabetpol, Borchaló, Terek y Stauropol, hizo fructífero asiento la emigración germana.

En el Cáucaso las luchas son continuadas; las tropas de ocupación tienen que someter con férrea dureza la guerrera rebeldía de los indisciplinados montañeses.

Son allí diarias las escaramuzas marciales y los tres cuerpos de ejército que Rusia sostiene en esta vasta y helada zona, gozan de merecida fama en el ejército moscovita por su admirable espíritu de abnegación, por su valor indomable y por su excelente entrenamiento en practicaje ininterrumpido.

Logróse esta superioridad indiscutible en las huestes caucásicas por la constante labor de jefes entusiastas, que en aquellas inhospitalarias regiones gozaron de relativa autonomía en el mando, contrarrestando con su asiduidad y su fe, la falta de orientación orgánica de las tropas del Zar en el resto del imperio. Apenas iniciada esta ruda contienda, dos de esos selectos cuerpos marcharon á Polonia, donde pusieron á prueba su calidad y su bizarría, hasta que la invasión turca de Armenia precisó su rápida vuelta á las heladas montañas caucásicas.

Los héroes del Vístula, vueltos á Tiflis, contuvieron la acción otomana que partió de Erzerum, dirigida por Enver-Bajá, con ilustraciones de Limán Von Sanders. Las dos grandes columnas que marcharon sobre Olti y Kars, fueron enérgica y rudamente derrotadas, y la segunda de ellas, sobre todo, quedó en absoluto incapacitada para nuevas empresas guerreras.

Y mientras por tierra el éxito correspondió de lleno á los afamados cosacos del Cáucaso, adiestrados á diario en guerreras lides en las nevadas proximidades de Tiflis y Vladiskavkos, en el mar Negro la supremacía naval tocó también á Rusia, que por la combinada acción de las escuadras de sus aliados ve abrirse á su comercio y á su industria las puertas de los Dardanelos y del Bósforo.

Para Rusia, su marina del Mar Negro era independiente de las demás fuerzas navales del imperio. Tiene allí tres acorazados del tipo *predreadnought* bastante modernos: *Pantelimon*, *Yeustafi* y *J. Zlatonts* de 12.800 toneladas, una mediana protección y armados con doce cañones de 30,5 centímetros, ocho de 20 y cuarenta de 15, entre los tres.

El defecto esencial de estas unidades es su escasa velocidad, que á toda máquina apenas llega á 16 millas por hora.

Tiene además Rusia, en el mar Negro, tres acorazados muy antiguos: *Tri-Sviatitelia*, *G. Pobiendonosets* y *Rostilav*, de escaso valor militar.

Turquía sólo tiene el «*readnought*» alemán *Goeben*, de 25.000 toneladas, con los cañones de 28 centímetros, que se han desembarcado en su mayoría para oponerse á la acción de las escuadras aliadas en los Dardanelos; 12 piezas de 15 centímetros y otras 12 de pequeño calibre, excelente protección y un andar de 27 millas por hora; tres acorazados muy antiguos, uno de ellos de 1874, y los otros dos adquiridos á Alemania de desecho.

Tenia Turquía en construcción en los arsenales británicos dos «*readnoughts*» *Osmán I* y *Reshadie*; pero requisados por Inglaterra al romperse las hostilidades, los incorporó á sus escuadras con los nombres de *Erin* y *Agincourt*.

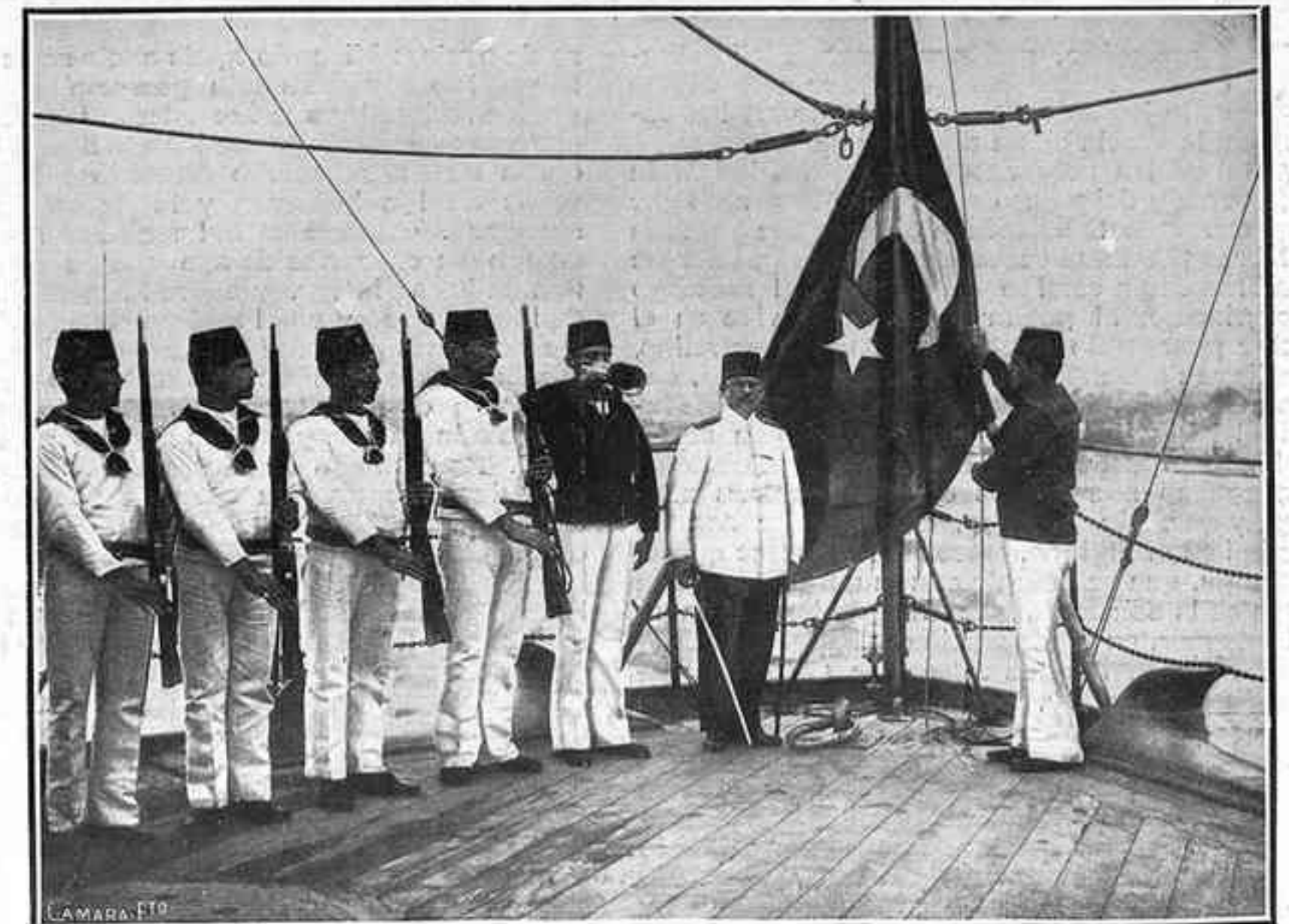
Rusia tiene, como fuerzas ligeras, dos cruceros protegidos: *Pamiat Merkuria*, de 7.000 toneladas, y *Kagoul*, de idéntico arqueo; 26 destroyers, 10 torpederos y cinco submarinos de tipo pequeño. Turquía, el *Breslau*, tres cruceros de 3.500 toneladas, ocho destroyers y nueve torpederos, y ambas marinas numerosos cañoneros sin valor militar apreciable.

Entre ventiscas de nieve y heladas temperaturas se batieron turcos y rusos, sin haber logrado estos últimos, no obstante sus repetidas victorias, el encerrar á los otomanos en Erzerum.

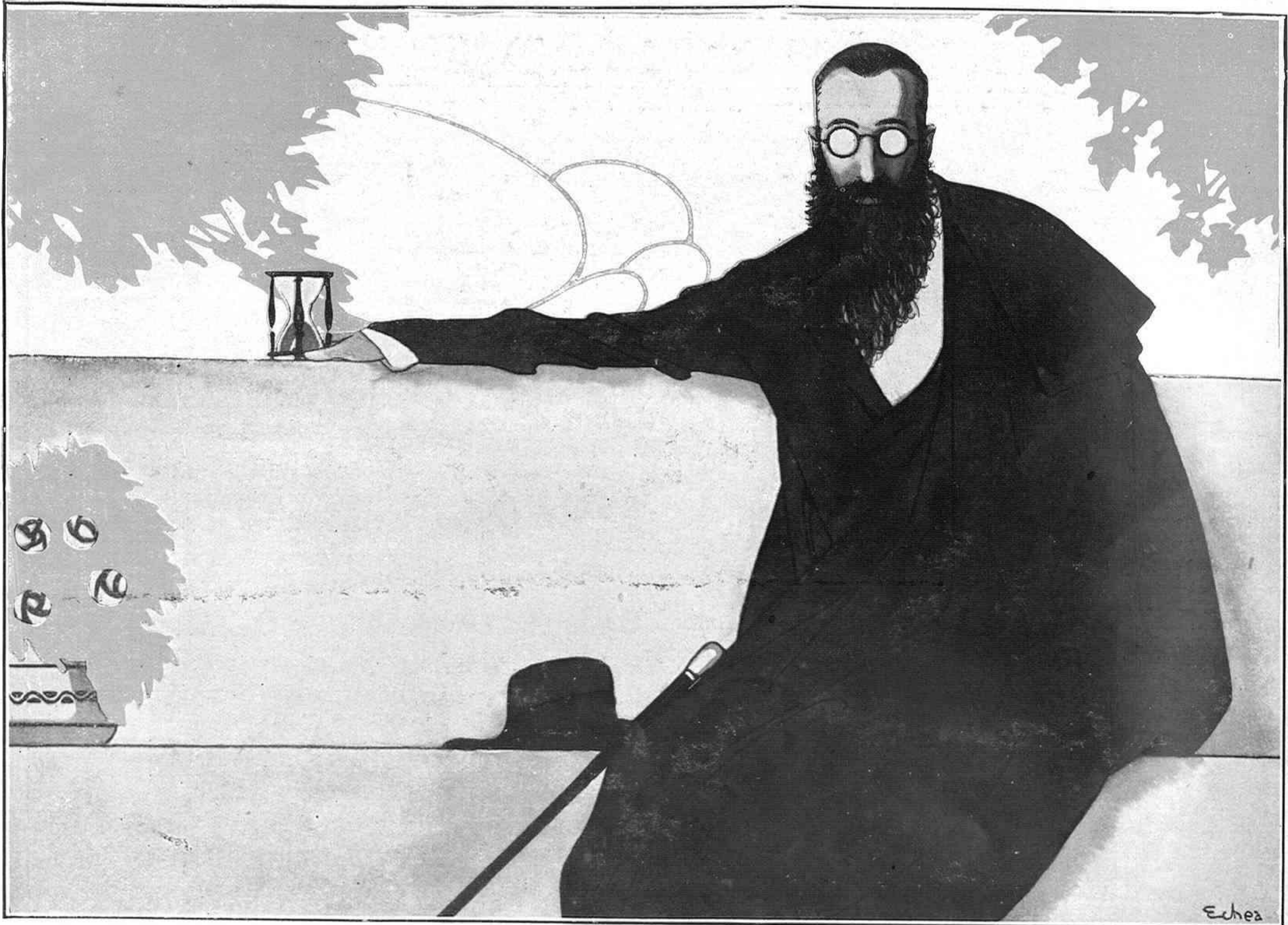
En Karaurgan, tras varios días de tenaz pelea, lograron los regimientos del Cáucaso, del Turquestán y de Siberia destruir de nuevo á las otomanas huestes. La primavera, como en otras zonas de lucha, despertará actividades, pondrá en juego más vigorosas energías, y fácil es predecir que por tierra y por mar, el anunciado desastre turco se avecina rápido.

Esto en el caso de que no se vea precisada Rusia á distraer fuerzas del Cáucaso para atender á su frente de Polonia.

CAPITÁN FONTIBRE



Iszando la bandera, al amanecer, á bordo de un barco de guerra turco



QUIETISMO ESTÉTICO

Qué mezquino, qué torpe, que difícil balbuceo el nuestro para expresar este deleite de lo inefable que reposa en todas las cosas con la gracia de un niño dormido!

¿Con cuáles palabras decir la felicidad de la hoja verde y del pájaro que vuela? Hay algo que será eternamente hermético e imposible para las palabras ¡Cuántas veces al encontrarme bajo las sombras de un camino al viñador, al mendigo peregrinante, al pastor infantil que vive en el monte guardando ovejas y contando estrellas, me dijeron sus almas con los labios mudos, cosas más profundas que las sentencias de los infolios! Ningún grito de la boca, ningún signo de la mano puede cifrar ese sentido remoto del cual apenas nos damos cuenta nosotros mismos, y que, sin embargo, nos penetra con un sentimiento religioso. Nuestro ser parece que se prolonga, que se difunde con la mirada y que se suma en la sombra grave del árbol, en el canto del ruiseñor, en la fragancia del heno. Esta conciencia casi divina nos estremece como un aroma, como un céfiro, como un sueño, como un anhelo religioso.

Recuerdo un caso de mi vida: Era en el mes de Diciembre, ya cerca de la Navidad: Yo volvía de un ferial con mi criado, y antes de montar para ponerme al camino, había fumado bajo unas sombras gratas, mi pipa de cáñamo indico. Hacíamos el retorno con las monturas muy cansadas. Pasaba de la media tarde y aun no habíamos atravesado los pinares del Rey. Nos quedaban tres leguas largas de andadura, y para atajar llevábamos los caballos por un desfilade-

ro de ovejas: Mirando hacia abajo se descubrían tierras labradas con una geometría ingenua, y prados cristalinos entre mimbrales. El campo tenía una gracia inocente bajo la lluvia. Los senderos de color barcino ondulaban cortando el verde de los herberos y la geometría de las siembras. Cuando el sol rasgaba la boira, el campo se entonaba de oro con la emoción de una antigua pintura, y sobre la gracia inocente de los prados, y en el tablero de las siembras, los senderos parecían las flámulas donde escribían las leyendas de sus cuadros los viejos maestros de aquel tiempo en que las sombras de los santos peregrinaban por los senderos de Italia. Atajábamos la Tierra de Salnés, donde otro tiempo estuvo la casa de mis abuelos, y donde yo crecí desde zagal a mozo endrino: Sin embargo, aquellos parajes monteses no los había traspuesto jamás: Ibamos tan cimeros, que los valles se aparecían lejanos, miniados, intensos, con el traslúcido de los esmaltes: Eran regazos de gracia, y los ojos se santificaban en ellos. Pero nada me llenó de gozo como el ondular de los caminos a través de los herbales y las tierras labradas. Yo los reconocía de pronto con una sacudida. Reconocía las encrucijadas abiertas en medio del campo, los vados de los arroyos, las sombras de los cercados. Aquel aprendizaje de las verdades diluido por mis pasos en tantos años, se me revelaba en una cifra, consumado en el regazo de los valles, cristalino por el sol, intenso por la altura, sagrado como un número pitagórico. Fui feliz bajo el éxtasis de la suma, y al mismo tiempo me tomó un

gran temblor comprendiendo que tenía el alma desligada. Era otra vida la que me decía su anuncio en aquel dulce desmayo del corazón y aquel terror de la carne. Con una alegría coordinada y profunda me sentí enlazado con la sombra del árbol, con el vuelo del pájaro, con la peña del monte. La Tierra de Salnés estaba toda en mi conciencia por la gracia de la visión gozosa y teologal. Quedé cautivo, sellados los ojos por el sello de aquel valle hondísimo, quieto y verde, con llovizna y sol, que resumía en una comprensión cíclica todo mi conocimiento cronológico de la Tierra de Salnés.

□□□

El éxtasis es el goce de ser cautivo en el círculo de una emoción tan pura que aspira a ser eterna. ¡Ningún goce y ningún terror comparable a este de sentir el alma desprendida!

Recuerdo también una tarde, hace muchos años, en la catedral leonesa. Yo vagaba en la sombra de aquellas bóvedas con el alma cubierta de lejanas memorias. Ya entonces comenzaba mi vida a ser como el camino que se cubre de hojas en Otoño. Había entrado buscando reposo, agitado por el tumulto angustioso de las ideas, y de pronto mi pensamiento quedó como clavado en un dolor quieto y único. La luz en las vidrieras celestiales tenía la fragancia de las rosas, y mi alma fué toda en aquella gracia como en un huerto sagrado. El dolor de vivir me llenó de ternura, y era mi humana conciencia, llena de un amoroso bien difundido en las rosas maravillosas de los vitrales, donde ardía el sol. Amé

la luz como la esencia de mí mismo, las horas dejaron de ser la substancia eternamente transformada por la intuición carnal de los sentidos y bajo el arco de la otra vida, despojado de la conciencia humana, penetré cubierto de luz en el éxtasis. ¡Qué sagrado terror y qué amoroso deleite! Aquella tarde tan llena de angustia, aprendí que los caminos de la belleza son místicos caminos por donde nos alejamos de nuestros fines egoístas, para transmigrar en el Alma del Mundo. Esta emoción no puede ser cifrada en palabras. Cuando nos asomamos más allá de los sentidos, experimentamos la angustia de ser mudos. Las palabras son engendradas por nuestra vida de todas las horas donde las imágenes cambian como las estrellas en las largas rutas del mar y nos parece que aquel estado del alma exento de mudanza, finiría en el acto de ser. Y, sin embargo, esta es la ilusión fundamental del éxtasis, momento único en que las horas no fluyen y el antes y el después se juntan como las manos para rezar. Beatitud y quietud, donde el goce y el dolor se hermanan, porque todas las cosas al delinir su belleza se despojan de la idea del Tiempo.

ooo

La belleza es la intuición de la unidad, y sus caminos, los místicos caminos de Dios.

Antes de llegar á este quietísimo estético, divino deleite, pasé por una aridez muy grande, siempre acongojado por la sensación del movimiento y del vivir estéril. Aquel Espíritu que borra eternamente su huella me tenía poseso, y mi existencia fué como el remedo de sus vuelos en el Horus del Pleroma. He consumido muchos años mirando cómo todas las cosas se mudaban y perecían, ciego para ver su eternidad. Era tan firme el cimiento de mi egoísmo, que sólo alcanzaba á conce-
cer aquello que en algún modo guardaba relación con los afanes de cada hora, y los sentidos aprendían coordinados con ellos, sin desvincularse jamás, sin poder rasgar los velos que ocultan el enigma místico del Mundo. Ciego, sin la luz de amor que hace eternas todas las vidas, fui como un hombre condenado á caminar por arenales entre ráfagas de viento que los transmudan. Hallé y gocé como un pecado místico la mudanza de las cosas y el fluir del tiempo. Años enteros de mi vida eran evocados por la memoria, y volvían con todas sus imágenes, llenos de una palpación eterna. El momento más pe-

queño era un sésamo que guardaba sensaciones de muchos años. Mi alma desprendida volaba sobre los caminos lejanos, los caminos otras veces recorridos, y tornaba á oír las mismas voces y los mismos ecos. Yo sentía un terror sagrado al descubrir mi sombra inmóvil, guardando el signo de cada momento, á lo largo de la vida. El tiempo era un vasto mar que me tragaba, y de su seno angustioso y tenebroso mi alma sa-

samente en la conciencia de las cosas y rompía las Normas. Mis ojos y mis oídos creaban la eternidad. Esta gracia intuitiva la disfruté por primera vez una tarde dorada, mirando al mar azul. Llegaban las barcas pescadoras, las anunciaba el caracol, volaban las gaviotas en torno de las velas ambarinas, y mis ojos las podían seguir en sus círculos más ligeros, y viéndolas desaparecer á lo lejos, al volver las reconocía una á una, no sólo en el plumaje, sino en el secreto de su instinto, por cansadas, por viejas, por hambrientas, por feroces...

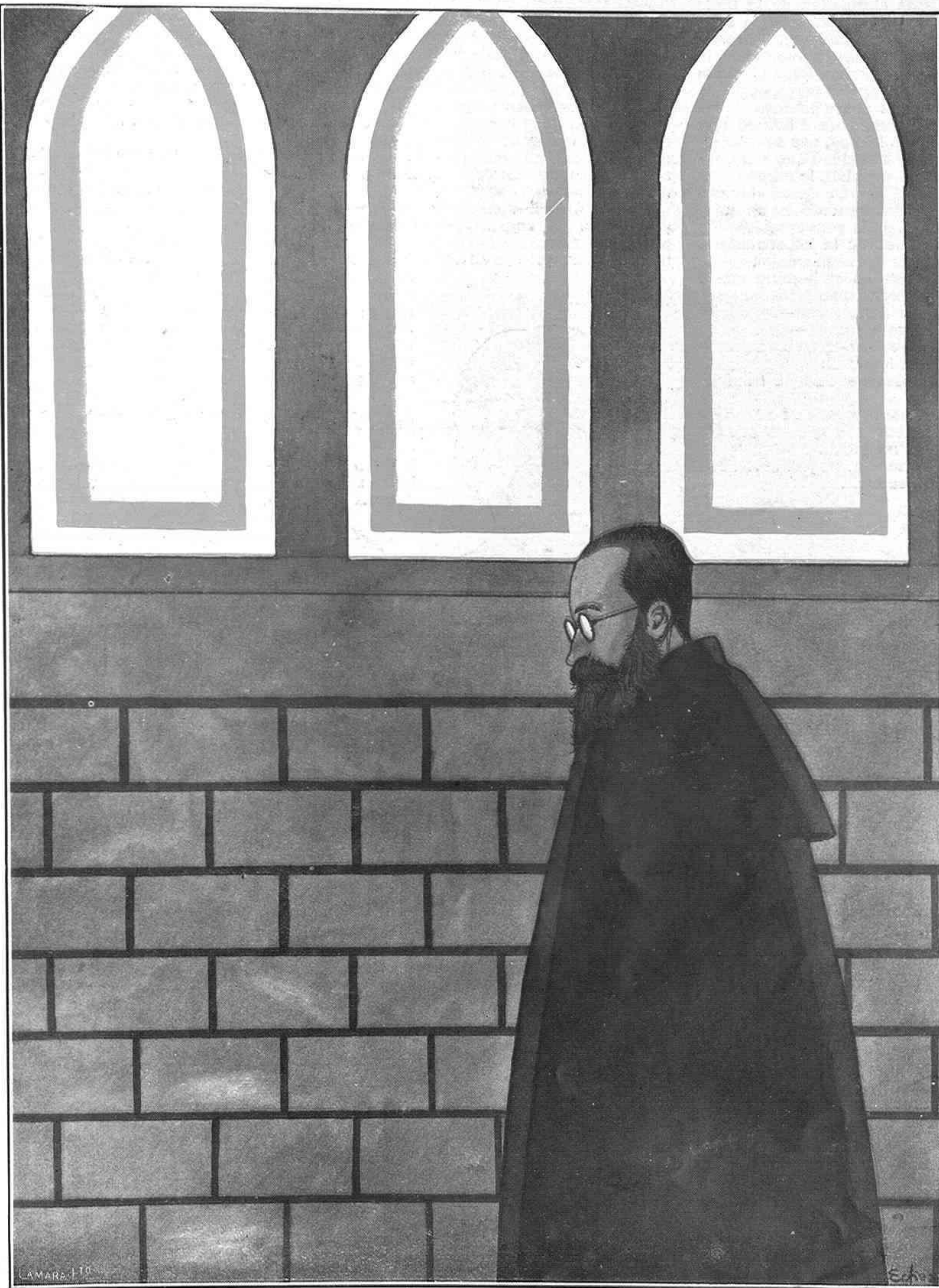
La tarde había perdido sus oros y era toda azul. Yo, sentado bajo el parral de mi huerto, me puse á rezar. En aquella beatitud del campo, del mar y del cielo, me sentía lleno de un sentimiento divino. Todo el amor de la hora estaba en mí. El crepúsculo se me revelaba como el vínculo eucarístico que enlaza la noche con el día, como la hora verbo que participa de las dos substancias, y es armonía de lo que ha sido con lo que espera ser. Seguía sonando el caracol de los pescadores, y sobre las ondas se tendía el último rayo del sol; por aquel camino luminoso se remontaron mis ojos al azulado término del mar. Entonces sentí lo que jamás había sentido. Bajo las tintas del ocaso estaba la tarde quieta, dormida, eterna. El color y la forma de las nubes era la evocación de los momentos anteriores, ninguno había pasado, todos se sumaban en el último. Me sentí anegado en la onda de un deleite fragante como las rosas, y gustoso como hidromiel. Mi vida y todas las vidas se descomponían por volver á su primer instante, depuradas del Tiempo. Tenía el campo una gracia matutina y bautismal. Como las nubes del ocaso, el racimo que maduraba en el parral de mi huerto, mostraba en el azul profundo de sus granos maduros, la sucesión de sus metamorfosis, hasta el verde agraz. Me conmovió un gran sollozo, y en la estrella que nacía ví el rostro de Dios.

ooo

Cuando se rompen las normas del Tiempo, el instante más pequeño se rasga como un vientre preñado de eternidad. El éxtasis es el goce de sentirse engendrado en el infinito de ese instante.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

DIBUJOS DE ECHEA



lí cubierto de recuerdos como si hubiese vivido mil años. Yo me comparaba con aquel caballero de una vieja leyenda santiaguista que, habiendo naufragado, salió de los abismos del mar con el sayo cubierto de conchas. Los instantes se abrían como círculos de largas vidas, y en este crecimiento fabuloso, todas las cosas se revelaban á mis sentidos con la gracia de un nuevo significado. Cada grano de la espiga, cada pájaro de la bandada, descubrían á mis ojos el matiz de sus diferencias, inconfundibles y expresivos como rostros humanos. Yo conocía fuera de la razón utilitaria, transmigraba amoro-

ba en el azul profundo de sus granos maduros, la sucesión de sus metamorfosis, hasta el verde agraz. Me conmovió un gran sollozo, y en la estrella que nacía ví el rostro de Dios.



NUESTRAS VISITAS

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO



ENTRABAN las últimas claridades de la tarde gris por un balcón que caía sobre la calle de Campoamor. En el gabinete, lleno de desordenada simpatía, conversábamos Tomás Romero, Enrique Gómez Carrillo, Pepe Campúa y este cronista. Gómez Carrillo permanecía de pie, apoyado de espaldas sobre la tapa de un piano. Con su charla amenísima é infantil nos iba contando su vida, sus luchas, sus aventuras, el ambular de su cuerpo errante. Todo muy sugestivo. Romero, de pie también, le miraba con un deleite casi paternal. Campúa, desde el fondo del gabinete, donde estaba hundido en un sofá, intervenía de vez en vez en la conversación. Yo recibía las últimas caricias de la luz sentado al lado del balcón, ante una pequeña mesita.

Enrique Gómez Carrillo es un hombre que á las cuatro palabras consigue interesarnos.

—Sí, señor; aquí me tiene usted—me decía, contestando á mi primera pregunta—en casa de Romero, que es mi casa, saboreando algunos días la paz de la vida en familia...

—¿Ya tendría usted deseos de esta tranquilidad?...

—Figúrese usted... Después de seis meses de automóvil descubierto, con seis grados de frío, entre el lodo y la lluvia, me siento aquí como en un baño tibio. Aquí me miman. Soy el niño de la casa... Un niño ya con canas...

—¿Estará usted mucho tiempo en Madrid?—inquirí.

—Poco; muy poco. A principios de Abril me ha prometido el Estado Mayor francés llevarme á Ipres, á Soissons, á Alsacia. Allí también me miman, sobre todo desde que los periódicos de París han comenzado á traducir mis *Crónicas de la Guerra*... Pero después de la campaña volveré á pasar una gran temporada en este Madrid, que yo quiero más que á París, sin duda porque aquí están mis recuerdos de la infancia y, además, mis mejores amigos.

Gómez Carrillo, el agilísimo cronista, hace una pausa. Yo, contemplándole, pienso en unas palabras que me ha dicho Campúa antes de estrechar su mano: «Te advierto que Gómez Carrillo ha sido hace

quince años lo que se llama un *hombre guapo*.» Estoy seguro de ello. Conserva toda la arrogancia de una grata juventud; los años pasados en un vivir un poco tumultuoso han dejado huellas de hastío en su rostro, algo de

cansancio en sus ojos y un reflejo gris, como un levísimo tornasolado, en sus largos cabellos que, lacios y en arística revolución, los peina hacia atrás; pero no han podido arrebatarle sus proporciones gallardas, su gesto atrayente y su charla amenísima. Vivió tanto en París, que ya tiene más tipo de francés que de español. Su espíritu audaz, infantil y alegre, también es parisino.

—¡Oh!, pues hablando, más parece usted francés que madrileño—observé yo...

—No lo creo. Lo que uno adquiere son las entonaciones. ¡Bah! ¡Oh! ¡Pues! Y las mujeres más que nosotros.

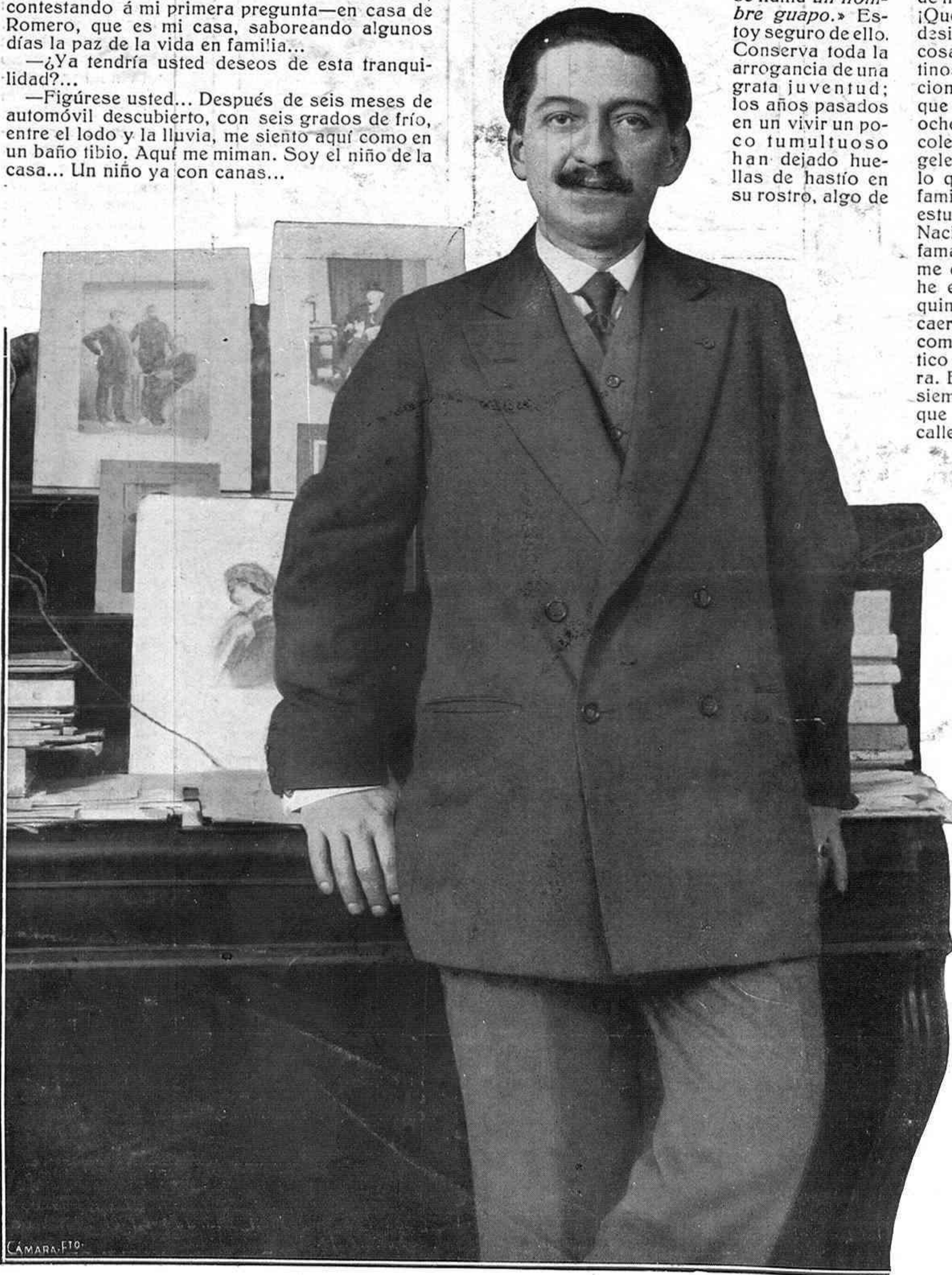
—¿Usted hizo aquí sus estudios?

Gómez Carrillo miró á Romero y, después de sonreír, exclamó:

—¿Mis estudios?... Si yo no he hecho estudios de ninguna clase... No soy ni siquiera bachiller... ¡Qué digo!... Sé muchas cosas de los padres del desierto, de los egipcios, de los griegos... Sé cosas que no saben más que los frailes benedictinos y los miembros de la Academia de Inscripciones... Pero no sé ni Aritmética ni nada de lo que se aprende en la escuela. Verá usted. A los ocho años me pusieron mis pobres padres en el colegio de Figueroa, en la Costanilla de los Angeles. Allí aprendí á leer y á escribir... Fué todo lo que aprendí en tres años. Luego, cuando mi familia me llevó á Guatemala, quiso obligarme á estudiar y me metió como interno en el Instituto Nacional. El director era un marino que tenía fama de enérgico y que juró que me domaría. Yo me contenté con sonreír, como siempre que me he encontrado con gente terrible. Al cabo de quince días, me encaramé á un tejado y me dejé caer en la calle. Por aquí, por Madrid, anda un compañero mío que es ahora ministro diplomático y que aún se acuerda de aquella mi aventura. El se llama Carlos Meany y á mí él me llama siempre *Calamidad*, que era el honroso apodo que me pusieron mis maestros. Bueno; caí á la calle. Una vez libre, con dos ó tres pesetas en el bolsillo, me marché á pie hasta la República del Salvador. ¡Qué días aquellos! ¡Dos semanas en la carretera, entre arrieros y campesinos, durmiendo bajo los árboles!... ¡Allá fué donde nació en mi alma esta locura de los viajes que no me ha dejado luego vivir en paz y que me lleva al Japón, á la India, á Jerusalén, al Canadá, á todas partes, en fin!... Ahora, si no fuera por la guerra, estaría en Benarés, bañándome en el Ganges sagrado... Pero como le pertenezco á *El Liberal* en cuerpo y alma, y como *El Liberal* me necesita en Europa...

—¿Lleva usted muchos años en *El Liberal*?

—Muchos años... Muchos... Tenía yo veinte y escribía en un periódico que se llamaba *Vida Literaria*, dirigido por Pepe Loma, cuando una noche fué á buscarme alguien á un café, en el cual Valle-Inclán, que aún tenía dos brazos, nos hacía un elocuente sermón. «Ven—me dijo,—que Moya quiere conocerte». Allí nos fuimos. Moya me recibió con una sonrisa paternal... Ahora yo tengo tantas canas como él. Pero entonces yo era un mozo y él era ya un maestro, un director de gran diario, un señor *intimidante*, en suma. Hablamos. Es decir, me habló D. Miguel, y yo no sé cómo me hablaría ni recuerdo lo que me dijo; lo que sí sé es que al salir de allí pensé por primera vez que yo podía ser un hombre útil á la vida. Desde aquel día, no he dejado de escribir en *El Liberal*. Al lado de Moya estaba Vicentí. Entre los dos me sacaron de la bohemia, los dos me dieron consejos, los dos se empeñaron en darme hábitos de trabajo metódico... Si soy algo, á Moya se lo debo... Sí..., sin él, mis instintos de noctámbulo me habrían llevado á las más locas fantasías... El lo sabe, y sabe también que no



CAMARA-F10

hay nadie que lo quiera tan profundamente como yo. A Vicenti le quiero mucho también: como a un buen hermano. *El Liberal*, para mí, es mi casa. Allí nací; allí he de morir. A veces se me ha hablado vagamente de darme la dirección de un periódico de importancia. Yo he dicho: «Muy bien; pero con la condición de que se me permita seguir siendo cronista de *El Liberal*.»

Gómez Carrillo sonrío con sonrisa de niño, y agrega alegremente:

—Si me echan de *El Liberal*, no me iría.

¡Qué bien hemos comprendido nosotros este noble sentimiento de Gómez Carrillo; este entrañable afecto al periódico que fué su bandera de batalla, en el que puso todos sus sentimientos, todos los bríos de su juventud y lo mejor de su alma! Algo de eso podría decir este cronista á sus lectores de LA ESFERA... Pero... sigamos.

—¿Y de la guerra? Cuéntenos... Cuéntenos; usted, que ha sido el único periodista español que ha tenido la fortuna de llegar hasta las líneas de fuego.

—¡Ah, la guerra!... ¿Quiere usted que le diga mis impresiones del campo de batalla?... En una página que acabo de escribir para dedicar mi libro en prensa *Campos de batalla y campos de ruinas*, están comprendidas con toda sinceridad. La guerra es un espectáculo monstruoso y feo... sí... Yo no sé cómo fueron las guerras de otro tiempo, las que nos entusiasman en las crónicas de Froissart y de Muntaner; pero la actual es horrible... Va usted á oír la dedicatoria de mi libro á José Luis Murature, ministro de Estado de la República Argentina.

Gómez Carrillo sacó de una carpeta unas cuartillas y, con voz velada, cantando un poco, á la manera de los actores franceses, nos leyó la página siguiente:

«Permítame usted, querido amigo, que ponga su nombre ilustre á la entrada de esta galería de horrores. Cuando estuve en Buenos Aires, hace un año, me pareció notar que muchos argentinos hablan de la guerra, en general, con un entusiasmo romántico.

»Lo que necesitamos para ser un gran pueblo—me dijo un escritor notable—es una gran guerra.

»Aquel escritor tenía una noción caballeresca de las luchas entre pueblos.

»Y si he de confesar la verdad, yo también la tenía entonces, por no haberla visto sino en los poemas y en los lienzos de los Museos. ¡Ah!, crear una leyenda nueva, digna de ser perpetuada por Rubén Darío, por un Leopoldo Lugones, por un Mariano de Vedia, sin duda la tentación parecíanos bella...»

—Tiene usted razón—le contesté.

»Y he aquí que esta simple frase, pronunciada en un café, entre el humo de los cigarrillos y los vapores del champagne, me persiguió desde hace meses á través de los campos de batalla, con una persistencia de remordimiento, y de obsesión. Porque la guerra, vista de cerca, no es bella, no. Es horrible. Aunque uno se empeñe en engalanarla con festones de heroísmo, la dura realidad aparece siempre con cifras de espanto que se dijieran grabadas por Callot en una plancha de acero.

»Por eso quiero gritar á la Argentina y á América con toda mi alma, con toda mi voz: ¡Ved lo que es la guerra!... Ved que no hay en ella armaduras lucientes, ni clarines sonoros, ni bellos gestos heroicos, ni nobles generosidades, ni estandartes vistosos, sino sangre, miseria, llamas, crímenes, sollozos...»

»Mi grito á usted lo lanzo, querido amigo, porque para mí, como para muchos otros, usted es el representante más ilustre de la futura política Argentina. Oígallo usted con benevolencia, y créame siempre su amigo y admirador...»

—¿Cuál es la impresión más tangible, más fuerte que ha recibido durante sus andanzas por los campos de desolación?—le pregunté cuando terminó la lectura.

—La impresión más fuerte en el curso de mis correrías, ha sido la de Reims bajo las bombas.

Uno de nuestros compañeros, un sueco, que había estado en la Manchuria, no obstante enfermó de emoción y hubo que mandarlo á París en un tren sanitario. Yo, por mi parte, no creo en el peligro; digo, no creo que haya nada especialmente peligroso. El verdadero peligro es vivir. Nadie sabe si ha de morir una hora después de nacer. ¿Se acuerda usted del cuento árabe en el cual se ve á un niño á quien las hadas condenan á morir asesinado por su propio hermano?...

—Sí... sí...—repuse haciendo memoria.—De *Las mil noches y una noche*.

—Eso es. Ocurre que su padre, sabedor del peligro que acecha al niño, lo encierra en una isla desierta. Sin embargo, su hermano lo mata. Así es todo en la vida. No sirve para nada ocultarse ni huir. Lo que ha de suceder, sucede siempre, á pesar de todas las prudencias. Yo he naufragado en las costas de Colombia y he visto sucumbir á los mejores nadadores del barco. ¿Por qué no me pasó nada á mí? Porque no me había llegado mi día. Una noche, con Julio Cestero, que ahora es ministro en Santo Domingo, una bella y loca muchacha nos disparó un tiro á boca de jarro. El tiro debió haberme matado á mí, y no hizo más que romper un espejo... Otro

Recordé que Gómez Carrillo se había casado hace años en París con una mujer riquísima, hija del presidente de una república sud-americana.

—Es verdad—exclamé—. No recordaba que se casó usted...

—¡Oh!, sí, me casé y... ¡me divorcié! Estuve casado siete meses. No fué por nada grave. Yo soy un poco indómito... Mi divorcio se apoyó en la pequeña cosa de no ir á comer á las horas habituales... Esto hacía desgraciada á mi mujer... Todos los días teníamos un pleito. Una noche me escapé por una ventana y marché á Africa... Y... nos divorciamos...

Gómez Carrillo dió de lado á esa conversación, con un ademán de su mano varonil.

—¿En París, su vida de usted es ordenada ó no?

—Ahora, muy arreglada. Antes, ¡terrible!

—¿Cuántos años lleva usted entre los franceses?

—Veinte... Marché á París á los dieciocho.

—¿Creo que es usted, según dicen, un esgrimidor habilísimo?

—Algo... por precaución; es decir, por necesidad... La vida es una dama coqueta que, como dama al fin, no sonrío á los débiles.

—Lo que no me explico, viéndole á usted tan correcto, tan frío, tan apacible, con un trato tan atrayente, es que haya usted tenido tantos duelos. Habrán sido por asuntos literarios, ¿eh?

—No—rechazó con rapidez;—precisamente, no tuve ninguno como escritor... Surgieron todos por tropiezos, á veces nimios, en mi vida de relación particular.

—¿Cuántos desafíos ha tenido usted? Es una curiosidad.

—Creo que doce...; pero eso es una cosa antigua...

—¿Fue usted herido alguna vez?

—Sí, señor; dos veces. He tenido mis quiebras; mas, ¡eso qué importa! La emoción en el juego, la recibe igual el que pierde que el que gana. Una noche estaba yo sentado con Machado, en un *restaurant* del barrio Latino de París.

Para llamar la atención del violinista, que era español, dí un silbido; entonces, un individuo que había cerca de nosotros, preguntó: «¿Quién es ese apache que ha silbado?...»

Yo, que tenía gran seguridad en mi destreza de boxeador, me acerqué á él y le dije con mucha cortesía: «Señor; ese apache que ha silbado, he sido yo... ¿Quiere usted que además le ponga dos bofetadas?»

«No, señor; no hace falta»—me contestó muy sonriente;—y cogiéndome al mismo tiempo por la cintura, me levantó en alto y, con sumo cuidado, como quien maneja á un niño, me tendió en el suelo y me puso su enorme pie sobre la cara; después, sin hacerme daño, volvió á levantarme y, como una pluma, me dejó tirado sobre mi asiento: «¿Ha visto usted, señor, que he podido pisotearle la cara y no lo he hecho?»—me dijo sonriente.—«En efecto—repuse yo,—es cierto. Yo le agradezco á usted su amabilidad; pero ahora no tendrá usted inconveniente en recibir esta tarjeta mía». Aquel energúmeno cogió mi tarjeta, pasó su dedo por la cartulina y, tornándose á coger en brazos, me llevó á su mesa y me sentó á su lado. Después, con una infinita compasión, echándome el brazo por el hombro, me preguntó... «¿Qué tomas?»... «Lo que tú quieras»—le contesté yo—. Después, supe que era un luchador formidable... Bien; pues yo en aquella aventura perdí... pero la recuerdo con más interés que otras donde gané.

—¿Le gusta á usted la política?...

—Hay tres cosas que yo no quiero ser por nada de la tierra: diputado, actor y torero. ¿Sabe usted lo que sí me gustaría ser?...

—¿Qué?...

—Empresario de *Folies Bergeres*.

Todos reímos. El prosiguió:

—¡Oh! pasan por allí las más hermosas mujeres del mundo...

Y ya nuestra charla se deslizó por los recuerdos del encantador París amoroso y mundano.

EL CABALLERO AUDAZ



Gómez Carrillo con su íntimo amigo, D. Tomás Romero

FOTS. CAMPÚA

día, cuando llegue mi hora, una teja ó un catarro bastarán para matarme...

Calló. Hubo un silencio, durante el cual todos pensábamos lo mismo: ¿Dónde estaría escrita nuestra muerte? ¡Bah, qué importaba, con tal que fuese fulminante y limpia!

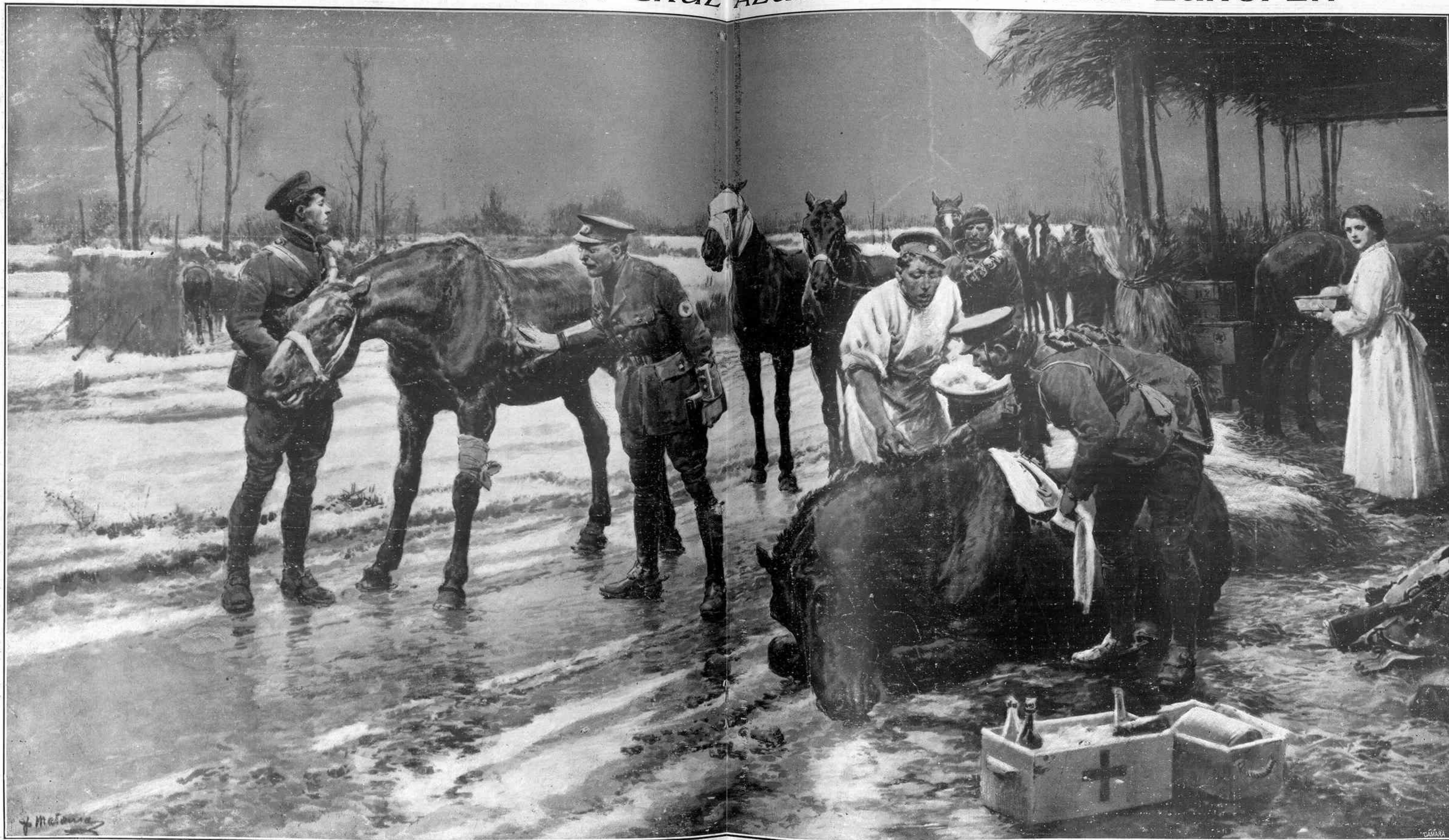
La sonrisa se había extinguido en los labios de Gómez Carrillo. Y siguiendo á su pensamiento ó, mejor dicho, pensando en alta voz, prosiguió:

—Después de todo, ahora lo mismo me daría... De lo que se trata es de vivir la vida intensamente, completamente, sin avaricia de pasiones, sin predilecciones inútiles... Hay que verlo todo, saborearlo todo, amarlo todo, lo bueno como lo malo, lo amargo como lo dulce, lo tranquilo como lo peligroso. «Vivir peligrosamente»—dice Nietzsche—y eso significa vivir en plena fiebre, sin estar seguro de lo que va uno á hacer al día siguiente, sin saber si unos ojos azules que pasan por la calle no van dentro de un instante á desbaratar nuestra paz, nuestro hogar...

Vivir, en fin, vivir en una actividad perpetua y luego descansar para siempre... Una bomba, al fin y al cabo, es una enfermedad rápida. En Reims... Sí... lo único que me hizo pasar una nube de melancolía al ver estallar la primera granada, á pocos pasos, fué la imagen de mi hijita, de mi pequeña Elena, á quien adoro con toda mi alma...

Hizo una pequeña pausa, y al mismo tiempo dirigió una mirada rápida á la fotografía de una bella dama que estaba sobre el piano. Luego, con voz muy suave, murmuró:

—Y la imagen de mi Lina...



VETERINARIOS MILITARES INGLESSES, DE LA INSTITUCIÓN DENOMINADA "CRUZ AZUL", CURANDO A LOS CABALLOS HERIDOS EN UNO DE LOS COMBATES ÚLTIMOS EN EL NORTE DE FRANCIA

Dibujo de Matania

DE NORTE A SUR

Stabat Mater

La actualidad sigue siendo religiosa. Aunque ya alegran el aire vernal los recobrados sonidos de las campanas y se rasgaron los lutos de los altares y tornaron al alcanfor de armarios y baúles levitas y vestidos de seda negra, todavía es actual hablar de imágenes sagradas.

He aquí una bien curiosa. Está en la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén, entre los altares de la Crucifixión y de la elevación de la Cruz. Como obra artística tiene escaso valor. Es una talla mediocre, regalo de los penúltimos reyes de Portugal. No importa, sin embargo, su exigua importancia estética. Lo que importa es la exaltadora sugestión de misticismo que extiende en torno suyo, la sobrenatural belleza que la envuelve ante los ojos de los peregrinos que llegan hasta ella después de atravesar los Santos Lugares y se arrodillan para rezar la décima-tercera estación del *Via Crucis*.

Testimonio de tan emocionada convulsión espiritual como ejerce la imagen, son los numerosos ex-votos que la enriquecen y medio cubren. Representan muchos miles de duros. Una fortuna difícil de calcular y que tal vez sirviera para levantar un suntuoso templo a esta sola imagen de la Dolorosa. Sortijas, collares, pendientes, pulseras, cruces y condecoraciones... La vanidad, la coquetería, la ambición, quedaron desnudas, como almas ante un confesor, frente a la Virgen. Acaso algunos de esos espléndidos collares de perlas se habrán movido suavemente sobre un pecho de cortesana; quizás alguna de esas sortijas habrá chispeado en la mano de una mujer cuando escribiera una carta de adulterio; tal vez alguno de esos pendientes rozó en cierta ocasión unos bigotes masculinos que buscaron la mejilla amada en un beso culpable; seguramente alguna de esas condecoraciones no



Imagen de la Dolorosa, que existe en la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén, y que posee un verdadero tesoro en alhajas

muerto bajo sus envolturas de oro y de plata. Los corazones son como una prolongación del alma devota; pero prolongación prevista de antemano, adquirida en una joyería con el propósito de ofrecer en uno de metal el corazón propio. Mientras que las joyas es la ofrenda espontánea, inmediata, no prevista acaso al poner el pie en la Basílica del Santo Sepulcro.

Y, sobre todo, los relojes. Se adivina la vacilación del que quiere eternizar su visita a la Virgen y no encuentra otro ex-voto a mano que su reloj. Por eso estos relojes, parados en la hora en que les detuvo el amor divino nos emocionan de un modo semejante al de otros relojes de las casas de préstamos parados en la hora en que los detuvo la miseria humana...

Un retrato cruel

Emma Calvé ha dado un concierto en Norte-América con el propósito de allegar recursos para la Cruz Roja francesa. El producto de ese concierto se invirtió en ropas de abrigo y estuches de aseo que, divididos en lotes iguales, serán remitidos a las filas del ejército francés. La gran cantante se ha retratado entre los saquitos de esos lotes que llevarán lejos su nombre, acaso ignorado para las juventudes inmoladas ahora por un absurdo militarismo.

Pero Emma Calvé no ha pensado en la transcendencia de ese retrato cruel, tan impasiblemente revelador. Un presentimiento de vejez nos ha nublado la frente, frío de desilusión ha hecho tiritar nuestro espíritu.

¡Oh! Tú no eres, no puedes ser Emma Calvé. Emma Calvé es siempre la mujer morena con los ojos negros, los labios purpúreos, los claveles sangrientos; la alta peineta, la blanca mantilla y la fiebre voluptuosa de *Carmen*.

El recuerdo de *Carmen* eras tú, Emma Calvé, la gentil francesa del bello nombre. Nadie, ni aun las españolas, han sabido comprender e interpretar el alma de España en la novia de Escamillo como tú, la francesa de las pupilas moras y de las fieras arrogancias.

Y, sin embargo, este retrato cruel de ahora nos dice que está muy lejos aquella noche de la Escala de Milán en que silbaron a la artista. ¿Por qué? Por demasiado joven; porque entonces era una niña. Más lejos la fecha de su nacimiento en Chabrières, un pueblecito pirenaico fronterizo a la España que había de simbolizar en noches inolvidables para su lógica vanidad de gran artista.

Hace diez años ya Gómez Carrillo no la encontró joven y lo dijo de un modo

galante. «¿Su edad? Ella ríe cuando alguien le hace tal pregunta. ¡La edad de mi sonrisa—parece decir—la edad de vuestro capricho, lo mismo da!»

Pero la sonrisa de este retrato no es como la de los otros encantadores de *Carmen*. Sólo quedaría la de nuestro capricho que no tiene aún otra edad; pero para eso sería preciso que así como desapareció de la escena Emma Calvé no volviera a posar nunca ante una máquina fotográfica que, como los espejos y como los hombres, sólo parece decir la verdad a las mujeres cuando las mujeres ya no son jóvenes.

Javier Gosé

Javier Gosé, ha muerto.

En plena juventud, encaramado ya en uno de los más altos escalones del triunfo, la Intrusa le obligó a descender hasta ella y hundirse con tanto nombre ignorado hacia los caminos sinietros y sin retorno. La Seca quiere para su danza macabra espíritus nobles y privilegiados; no le basta con que dancen los inconscientes, los embrutecidos por una cobardía colectiva que a los reyes y el sostén de los reyes les conviene llamar heroísmo; no le bastan las mujeres, los niños, los ancianos indefensos que los bárbaros degüellan, fusilan y bombardean.

Por eso no olvida a los artistas. Ni siquiera a los que, como Gosé, se habían cruzado de brazos porque las divinas frivolidades de sus lápices parecían inútiles.

Javier Gosé, como tantos otros artistas que fuera de España hacen grande a nuestra patria, había nacido en Cataluña. Y a Cataluña ha venido a morir.

Su nombre se asomaba a todas las revistas prestigiosas de Francia y de Alemania. Se citaba entre los escasos que constituyen el orgullo del arte internacional. Había conquistado el derecho de exigir 1.000 francos por la reproducción de un dibujo. En su vida, como en su arte, las mujercitas frívolas, elegantes, coquetás, un poco perversas y un mucho adorables, representaban el mayor encanto. Acaso esto, lo mismo que le aupó hacia la gloria, le habrá empujado hasta la muerte.

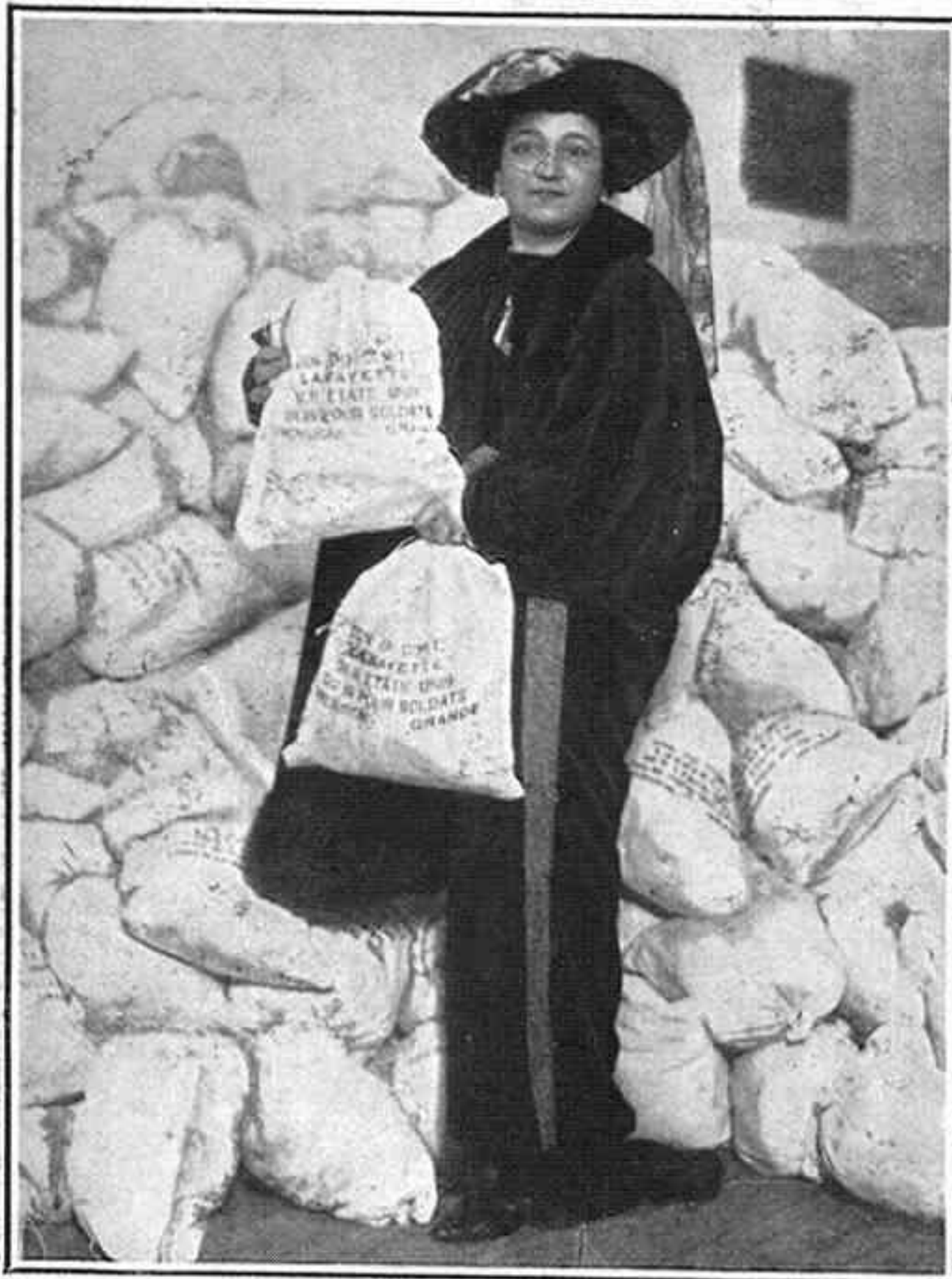
Ya no veremos más las siluetas gentiles, esbeltas, envueltas en pieles o medio desnudas dentro de gasas y sedas cosidas con orientales líneas. Ni tampoco las otras gallardas y varoniles de los mozos de *jaquette* o de *frac* que servían de figurín a los sudamericanos aclimatados en París.

Sin embargo, tal vez esta afirmación no sea muy exacta. Tal vez sigamos viéndolas... Pero firmadas con otro nombre que no es el de Gosé, sino los de... ¡tente, pluma!

No esperaron a su muerte los plagiatos. Si ha existido un artista que tuviera el orgullo de influir sobre sus contemporáneos, ha sido Gosé.

¿Nombres? ¿Para qué? Hojead las colecciones de *Mundial Magazine*, de *Por Esos Mundos*, de *Nuevo Mundo*, incluso de LA ESFERA, para hallar a Gosé... con otras firmas.

José FRANCÉS



EMMA CALVÉ

La célebre tiple de ópera, que está dando conciertos en Norte-América para allegar recursos para la Cruz Roja francesa

fué ganada por méritos y valentías, sino que se colgaron en el pecho de un intrigante ó de un cobarde.

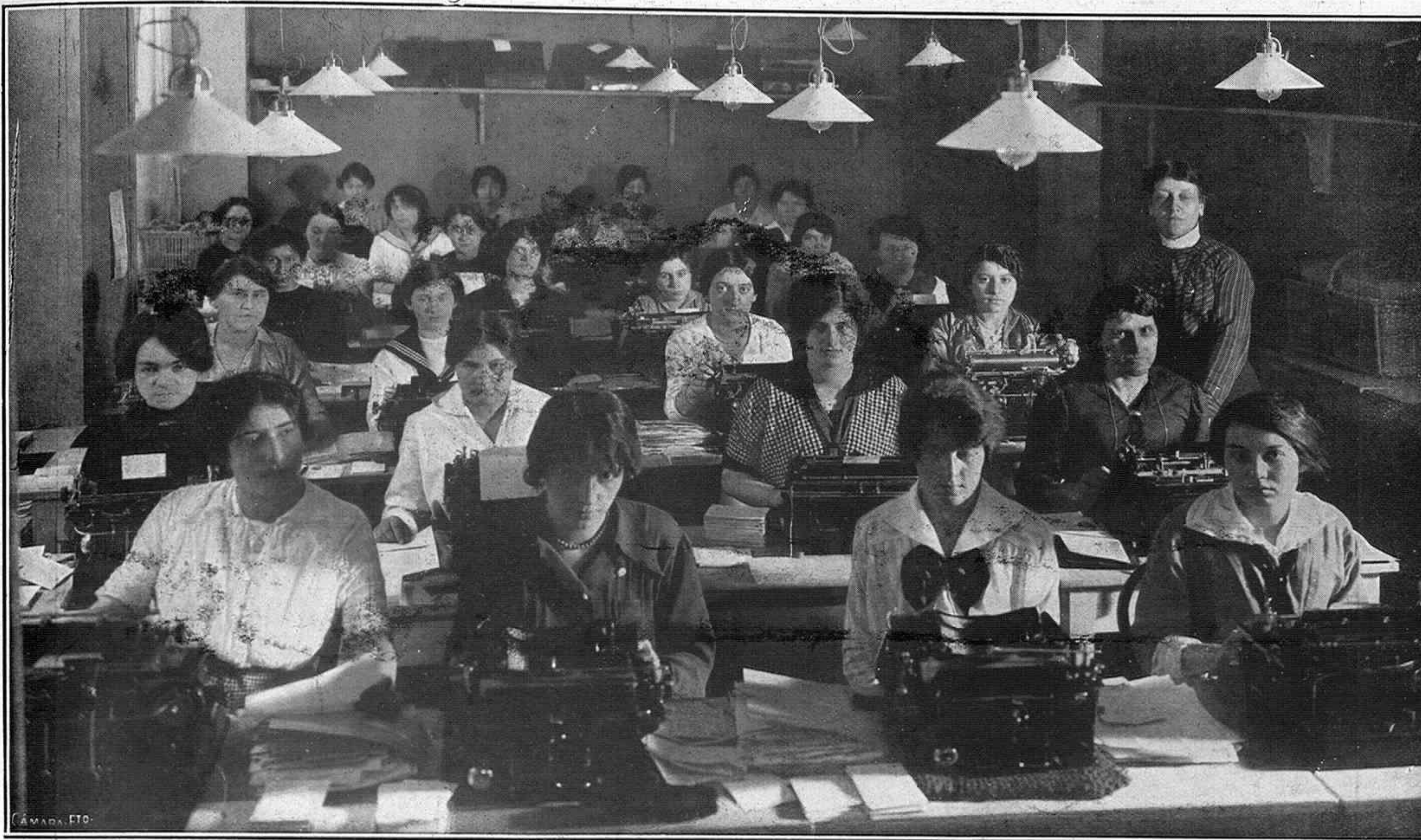
No importa. Cuando están ahí es que las llevó el arrepentimiento, la sed de perdón y de misericordia. Sin descruzar sus manos, sin mover sus labios, más allá de la tosca talla, el ademán y las palabras que perdonaban lo vieron y las oyeron los arrepentidos. Y luego, al ser colgadas junto ó sobre la imagen las preseas impuras, quedaron milagrosamente purificadas para siempre...

Pero hay otros ex-votos que merecen comentario aparte: los corazones y los relojes. Dentro de unos y de otros los latidos y las horas ya no existen. Símbolos ambos de la vida, son algo



Uno de los últimos dibujos publicados por Javier Gosé

EN MITAD DEL CAMINO



Señoritas mecanógrafas en las nuevas oficinas establecidas por la Cruz Roja, en Ginebra, para averiguar el paradero de los soldados desaparecidos

Como los cirujanos no pueden operar sobre el corazón, se han encargado de sustituirlos unas cuantas mujeres. Pero las novias ó las amigas, suelen producir las heridas que luego quisieran curar desinfectándolas con lágrimas y empleando el cauterio de los besos. Doctores, y las amantes, se reemplazaron con muchachas que podrían ser, que no podrían ser más que nuestras hermanas.

Acaba de inaugurarse en Ginebra un nuevo servicio de la Cruz Roja, cuyos propósitos consisten en averiguar el paradero de los soldados desaparecidos, y así que logran unos datos, transmiten á las familias. No hay sino dirigirse á la oficina en demanda de noticias, y aguardar la respuesta, que en ocasiones se consigue y se comunica por telégrafo. El jefe alemán que custodia los prisioneros aliados no se niega á la caritativa curiosidad de las damas de la Cruz Roja. Y lo mismo ocurre en los campamentos de enfrente. Las señoritas ginebrinas, que disimulan su emoción encorvándose hacia los pupitres, dedican sus horas á desenmarañar la enredada madeja, y después hilan unos ideales copos de ternura...

Hermanas. Contemplad el amable agrupamiento femenino, y deducireis idénticas consecuencias que nosotros. De todos los pueblos que se hallan en guerra, acaso París sea el más afligido. Sin embargo, las parisienses todavía se cultivan á sí mismo como si fuesen flores, y no se ha apagado el fuego de la moda, hasta en el mes de las motas de terciopelo con que se fingen los lunares, y en el arrebatado romántico de las patillas. ¿Qué más? Las enfermeras ya se convirtieron en armoniosos figurines, y nos hacen presentir á las hadas eternamente jóvenes, que sin duda pueblan la luna. Parece imposible que la mujer se olvide del hombre hasta el extremo de olvidarse antes de ella. Sólo las referidas muchachas suizas desde-

ñan el margen novelesco de su misión, y tejen las coronas de rosas sin espinas, como perdió su ponzoña el beso fraternal.

Resulta fácil adivinar la ligereza de la huella que las hermanas dejarán en los documentos, una estela casi imperceptible. Tal vez no agarre el papel ni el perfume de los dedos, porque no se perfumaron. La Cruz Roja se instaló en un museo y hubo necesidad de introducir reformas en el palacete, mausoleo que se trocaba en columna. Examinad los adornos debidos á las futuras amas de su casa. Las pantallas, por ejemplo. No semejan el gorro de un gnomo, ni una mariposa, ni imitan los caprichos japoneses, etcétera.

Las señoritas se conformaron á desflecar la tela, insulsa, candorosamente. No encontraremos lámparas tan ingenuas en el nido de las amigas y las enemigas, y en cambio no recordamos que se conociesen otras en el hogar pro-

vinciano y santo. Y no hablemos de las descuidadas cabelleras, de las grandes corbatas que se extienden encima de las blusas, de la falta de coquetería al retratarse, y así al estilo. Bajo el rumor de las máquinas de escribir, nada que signifique travesura y lirismo existe en la oficina, tan sentimental, á pesar de todo. De cuando en cuando, y por excepción, tintinean las máquinas, al cambiar la línea. Pero los cantarinos timbres no hallan eco en los corazones.

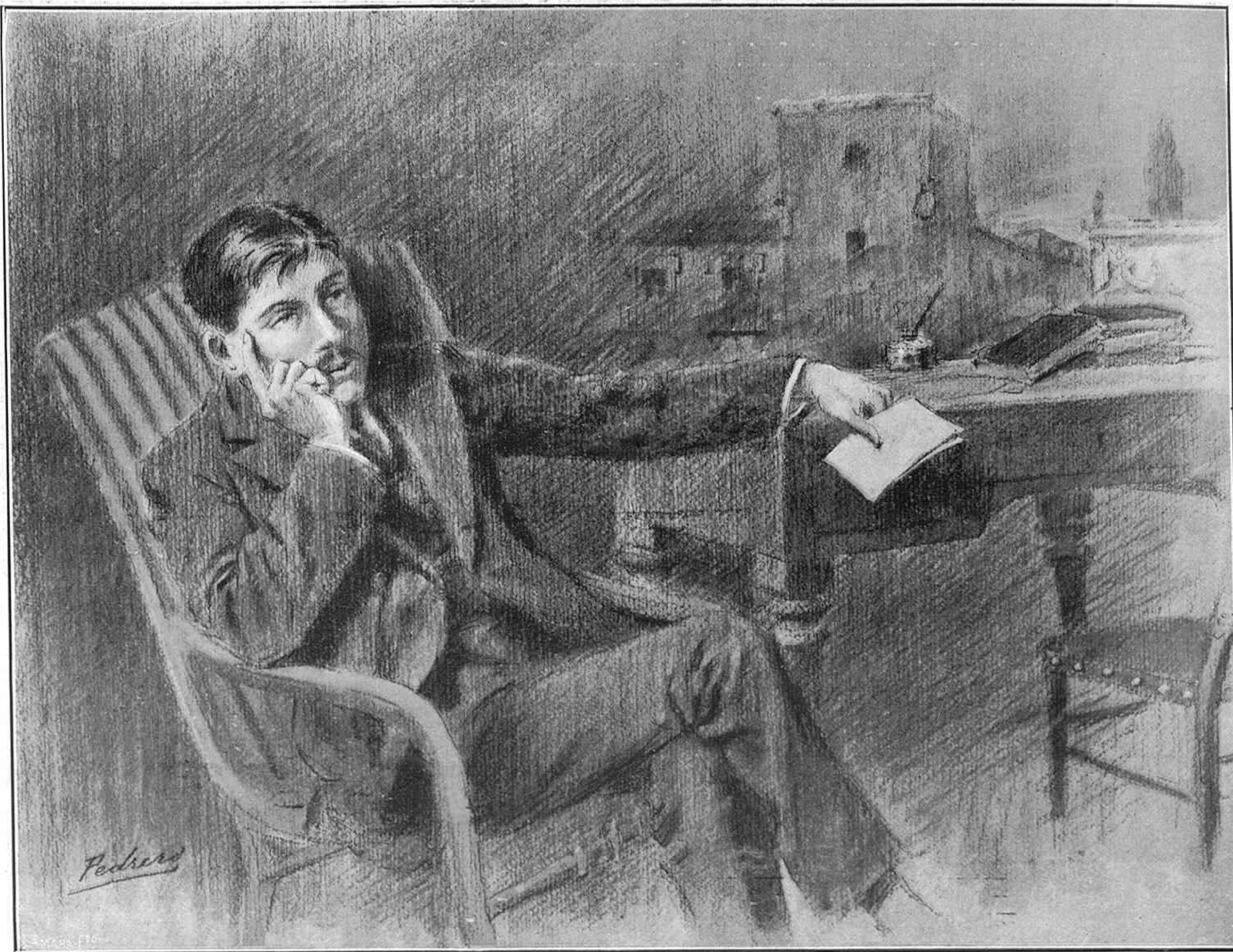
¿Conquistán las resignadas muchachas el reconocimiento de sus favorecidos, siquiera la gratitud? Las pobres desaparecen y pasan inadvertidas seguramente. Es un vendaval el anhelo trágico de aquellos que se creen huérfanos, ó de la viuda y los padres. Otro vendaval es la nostalgia del prisionero. ¿Cómo podrían ceder los huracanes al blando halago de un soplo que no mueve las hojas? Como estas mujeres se disfrazaron de hermanas, la Cruz Roja, en su grandeza, finge no ser más que una agencia, y reparte los consuelos por circular.

Cuida y transmite también las reliquias. Un departamento de la oficina aquella de Ginebra, se llama *de las reliquias*. Ya comprendéis. El prisionero ha muerto, y sus medallas, y la cartera, y sus últimas palabras, vuelven á la patria. En las mesas se amontonan los sagrados vestigios, y nada tan triste como el fulgor de un joyel bañado por la luz del recuerdo, el recuerdo que nos obliga á pensar que el destino de las chucherías es el de perpetuar una fecha risueña, feliz. Ahí se trabaja en silencio. Un día sonó un sollozo, enseguida ahogado. Por primera vez corrió peligro de extraviarse una reliquia confiada á la conmovedora agencia ginebrina. Y es que la muerte llevaba en sus descarnados brazos al amor.



Oficina donde se clasifica la correspondencia recibida FOTS. GILLI

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ



CUENTOS ESPAÑOLES

COMPASIÓN

QUEDÓ absorto, contemplando con un cristalizado mirar de estupor aquellos renglones: «Pepe se casa con Margarita. Ya papá ha pedido su mano y, aunque no está fijada definitivamente la fecha de la boda, de seguro será antes de que acabe la Primavera.»

La noticia le pareció horrible, monstruosa, de una refinada crueldad. Lo inesperado del suceso fué como golpe de cíclope que le privara de los sentidos. Inconsciente, desalentado y tembloroso, revolvía entre sus dedos la fatal misiva, fijos los ojos en el papel. Al fin, sobreponiéndose al dolor, hizo un esfuerzo y restregóse los párpados para convencerse de que lo leído no fué ficción de su fantasía. Para su malaventura, no podía dudar. La letra desigual y nerviosa de su hermana Consuelo lo decía con una claridad que antojósele atrozmente despiadada. «Pepe se casa con Margarita.»

¡Con Margarita!... Y al resbalar por sus labios calenturientos el nombre de la tan amada mujer, le arrancó un hondo suspiro, uno de esos suspiros calofriantes que no descargan el pecho de su agobio. Rebelde á la realidad, no se avenía á resignarse, no quería creer fuese cierta la noticia. Y sin embargo, con esa curiosidad malsana de los enfermos, que se empeñan en conocer la magnitud de su desgracia, sus lacrimosas pupilas recorrieron ávidamente el escrito, esperando en leer detalles que le explicaran hasta la saciedad las causas que motivaron aquel próximo desposorio.

Pero su hermana no fué pródiga en datos. De «aquello» para él tan importante, pasaba á la narración de cosas frívolas y femeniles. Sólo unas palabras le hicieron detener un punto su atención. «Mamá espera que, aprovechando el motivo de la boda, vengas á vernos, que ya es razón, luego de tres años que vives alejado de los tuyos.» Ante este dulce reproche, se le nublaron los ojos en amago de llanto y la congoja

le atenazó la laringe y le oprimió el corazón. A su memoria hubo de acudir el recuerdo del éxodo amargo que sufriera desde que abandonó su hogar, aquel hogar confortable de burgués pueblerino donde la abundancia y la paz reinaron siempre, y al que, en su prurito de poetizarlo todo, comparó con el tibio aroma de los castos labios de una virgen. Nostálgico, añoró el encanto bucólico de aquella vida rural, sin emociones fuertes, monótona y mansa como la cansina continuidad del tic-taqueo de un reloj. En su retina surgieron con vigorosos trazos las veladas invernales al amor de la lumbre, entre el susurro de las avemarías y los suspiros de la madre por los seres queridos que dejaron de existir; los políromos paisajes del terruño, lozanos y fragantes como el rostro de las mozucas; las tortuosas calles, cubiertas de musgoso verdor, donde la leyenda imaginó lances caballerescos; las alamedas silentes, en las que á la sombra de los eucaliptos cantaban las voces seráficas de las niñas los ingenuos romances infantiles; los vestustos palacios en ruína, con sus rancios escudos de borrosos mote, entre cuyas paredes revivía el espíritu hidalgo de la raza; el sombrío cementerio, de altos cipreses, bello libro de amor y de fe en cuya desoladora melancolía halló tema para rimar estrofas de mística fragancia...

Y todo aquello que en el presente lloraba su espíritu, lo abandonó por Ella, por la muy ingrata que no supo esperar, por la que cegó al pájaro azul de sus ensueños de artista obligándole á lanzarse á la ventura para medir la resistencia de sus alas. ¡Y qué dolorosa la prueba! Noches sin lecho, días sin pan, eternas horas de peregrinación estéril en las que el fracaso le escupía al rostro con sarcástico regocijo. Y así, uno y otro día, envenenando lentamente su alma por la ruindad de los hombres, viendo cómo la perfidia y la traición le empujaban á caer mientras le ofrendaban una protección humillante.

Parecía que un hado maléfico se complaciese en su derrota. Sentó á su mesa Judas que le vendieron; creyó redimir Magdalas é hicieron bafa de su fe; y cuando, abatido por el dolor, era demasiada carga para sus hombros la cruz de la existencia, no encontró cirineo que le ayudase ni manos amigas que enjugaran el sudor de su rostro...

Hasta Ella fué ingrata. Cuando pasó el primer año y aún no había conseguido triunfar con una definitiva consagración que moral y económicamente le redimiera de los sinsabores sufridos, sus cartas se hicieron más tardías y circunspectas, hasta que cesaron por completo. Los suyos, los que debieron alentarle, no fueron menos crueles. Las misivas llegaban pletóricas de reticencias, de ironías, de burlas. «¿Ves cómo no se gana Zamora en una hora?» «¿Ves cómo teníamos razón al augurarte el fracaso?» «Si tantos talentos como hay en Madrid se mueren de hambre, ¿cómo vas á vencer tú, que eres un chiquillo sin preparación, lleno de ilusiones pueriles?» Pero ninguna carta hizo tanto daño como aquella en que su novia, con ofensivo desdén á su arte, le invitaba á abandonar sus ensueños para amarrarse á la realidad prosaica de un destino oficial, á fin de que la vejez no les sorprendiese en tan dilatada soltería. Aquel día lloró de rabia al ver su impotencia, más que nunca desconsolado y dolorido. Ella, la mujer que él idealizó creyéndola capaz de comprender y sentir los grandes ideales, revelaba su grosseira espiritual con estos reproches: «Ya ves, todas se casan, menos yo que, por hacerte caso, he despreciado muy buenos partidos y ahora soy la comidilla del pueblo, de la que todas las muchachas se burlan. El hijo del secretario, Juanín, de quien tú decías que era tonto de remate, se ha colocado en las oficinas de la Diputación y se casará para Año Nuevo con Isabel, la de D. Sebastián; Ramón María, que también lo juzgabas

imbécil, aquí ha estado estas Pascuas luciendo un uniforme de alumno, pues ha ingresado en la Academia de Toledo. Por cierto que me ha perdido relaciones, cosa que no te extrañará, porque ya sabes que siempre le gusté mucho y que sus padres y los míos querían que fuésemos novios...» Ante frivolidad tan ofensiva, la dignidad del amador sintióse lastimada y respondió desabridamente, con exaltación orgullosa, en la que daba por terminado el noviazgo.

Empero, él abrigaba la certidumbre de que Ella, como la arrepentida esposa del *Cantar de los Cantares*, le diría algún día anegada en ternura: «Yo dormía, pero mi corazón velaba.» Y esta creencia espoleaba su terco sin querer rendirse al fracaso, haciendo cuestión de vida ó muerte su triunfo. Y depuraba sus emociones, mortificando su espíritu, removiendo con sus dedos la propia llaga, tremante la sensibilidad, labrando los laureles del éxito cual corona de punzantes espinas, como aquellas que taladraron las sienas de Cristo.

Pero ¡ay! que tan dolorosa experiencia le fué robando la pureza de su alma, convirtiendo las blancas rosas de sus quimeras juveniles en ro-

y brillante y sólo soñaba en dar cima á sus ansias amorosas, la fatalidad inexorable y despiadada, le salía de nuevo al encuentro para robarle la más acariciada ilusión...

No, eso no era posible; el sino de un hombre no podía ser tan cruel... Pero la carta estaba allí, fría, impasible, con la sarcástica ironía del verdugo que pide perdón al reo que ha de ejecutar. «Pepe se casa con Margarita». ¡Con Margarita! ¡Qué dulce su nombre! Y á la poderosa fuerza de la memoria que convierte la evocación en realidad, la vió bella y grácil, como en aquellas horas vespertinas en que glosaba con suspiros sus líricos balbuceos, aquellos versos de incipiente, llenos de ingenua sinceridad, que ahora le hacían avergonzarse por estimarlos mediocres. Y al evocar su gentil figura, rosada y fragante cual la divina Eunice que amara Petronio, recordó sus idilios, sus besos, sus románticos arrebatos, y—¡oh, qué horrible!—recordó también que una noche no la hizo suya por caballeroso escrúpulo, porque sus sentimientos de poeta no la quisieron privar del sugestivo encanto de la virginidad.

A este recuerdo, su corazón generoso se olvi-

fin, venció en él su corazón. Puesto que el engaño era la felicidad, que la disfrutara en buen hora. Como tantas veces, la compasión estaba en la mentira. ¡Ah! ¿Por qué no se la ocultarían á él y le habrían evitado tan horrible amargura? Sí, lo mejor era callar, aunque tuviese que destrozarse el corazón ahogando su sed de venganza... ¡Pobre Pepe! ¡Cuán ajeno estaba del abismo en que el amor le hacía caer!... A él, al menos, le quedaba el sedativo de su vocación artística, la esperanza de hallar el olvido en la satisfacción de sus vanidades, en el disfrute del éxito, en el fácil hallazgo de mujeres que se sentirían orgullosas de llamarse sus protegidas. ¿Pero y su hermano? ¿Qué mitigación habría de encontrar si le desengañaba? Pepe no tenía ambiciones, no era capaz de sobreponerse al dolor.

¡Qué horrible tormento el suyo viéndola uno y otro día, renovando su pesar á cada instante, sin saber si estrecharla entre sus brazos acallando su rencor ó si matarla para que no fuese de otro!...

Sí; lo humano, lo compasivo, era callar, callar siempre... Pero Ella no merecía perdón. Su conducta no era disculpable. ¿No pensaría que



jas flores de pasión, como si fueran empapadas en la sangre de sus heridas. Bien sabía él lo inútil de tanto sacrificio, cuán efímera y deleznable es la gloria que se consigue dejando la dignidad y el corazón hechos girones. Pero tenía que vencer, le era forzoso para descargo de rencores y amarguras. Y cuando venciese, ya en plena posesión del éxito, demostraría que era un sembrador sin afanes propios, que prodigaba los secretos de su lira con la misma misericordia con que Jesús prodigó sus parábolas. ¡Ah, vencería, costase lo que costase! Nada le importaba su salud ni la morbosa hiperestesia de su espíritu. Y seguía glosando sus dolores, volcando en los versos todo el pesimismo sentimental de sus cuñas. Nadie como él expresara el martirio de escuchar las alegres carcajadas y los murmurios musicales de algún salón en fiesta, mientras el poeta, huérfano de todos los halagos, camina aterido bajo la lluvia, y sus pies, mal calzados, chapotean en el agua cenagosa; el sufrimiento de carecer de albergue y columbrar á través de los vitrales la silueta de dos enamorados que se arrullan; el estoicismo y el valor que son precisos, cuando se vive lacerado por todas las miserias, para resistir al deseo de arrancarse la vida...

¿De qué le valiera su tenacidad? Cuando ya había olvidado aquellas cruentas malaventuras, cuando sus trabajos se comentaban y tenían alta cotización, cuando una cohorte de halagos le mostraban la rosada aurora de una vida feliz

dó de que era su hermano el que le robaba su cariño, el causante de su mayor tortura, y temió por él, sintió repugnancia de que aquella mujer hipócrita manchara con tal enlace la nobleza de su casta. Había que evitarlo; Ella era indigna de llevar su apellido. Su hermano era merecedor de una esposa noble y leal. Su deber era avisarle, desenmascararla, para que aquellos labios impuros, que á él le hicieron regalía de sensuales promesas, no profanaran la nieve de los cabellos de su madre al tomarla por hija.

Dolorosa sería la confesión, pero de todo punto forzosa. Le diría á su hermano que no la hizo suya porque no quiso; hasta la calumnia era capaz de llegar por evitar aquel matrimonio... Y en la exaltación se dispuso á escribir, olvidado de su propio dolor, mascullando insultos contra la ladina que con tanto desenfado se atrevía á engañar á Pepe.

Pero, al comenzar, se detuvo. ¿Cómo decirse sin ocasionarle un pesar muy hondo? ¿No sería una crueldad desengañarle? Conocía el carácter de su hermano, lo sensible que era para cualquier contrariedad, su ciega violencia cuando creía que se burlaban. ¿Cómo iba, pues, á resistir el golpe? ¿No haría una locura? Si él, hábito acostumbrado á todos los dolores, creyó morir al saber que ella le olvidó, ¿qué no le sucedería á Pepe, de suyo ingenuo y confiadizo?

Cuanto más reflexionaba, más difícil juzgaba su propósito. La incertidumbre le salía al paso con mil contradictorios pensamientos. Pero al

uno de ellos pudiera ser Caín? Afortunadamente, él comprendía que Pepe no tuvo culpa, que fué una víctima más de la seducción de aquellos ojos perversos que tenían el falso encanto del candor más puro...

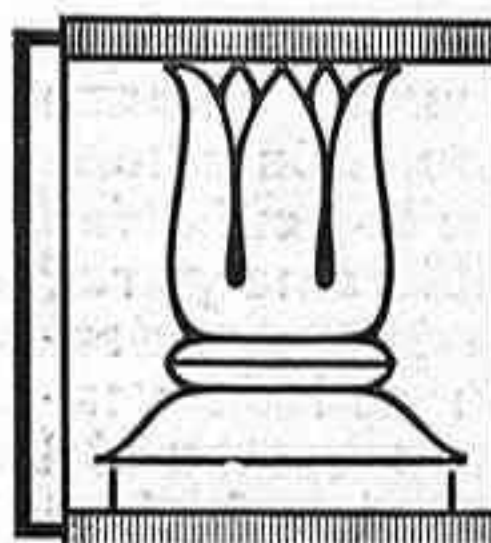
En fuerza de meditar el caso, hundíase en el piélago de paradójicas deducciones que le hacían titubear sobre la resolución tomada. Por último, su decisión hízose definitiva. Felicitaría á los suyos por el próximo acontecimiento, asistiría al desposorio y disimularía su vergüenza y su coraje... Mas, ¡ay! ¿Tendría valor para verla en brazos de otro hombre, aunque éste tuviera su misma sangre? ¿No se olvidaría de que era su hermano para ver en él solamente al rival que le robaba la mujer que tanto amaba?

Ahora comprendía que le engañó su corazón, que, á pesar de todo, ella seguía siendo para él aquella otra muchachita adorable, ingenua y sentimental, que le pedía en voz queda y mimosa que le recitara sus versos, mientras abandonaba sus manos entre las suyas... Aquel amor había echado muy hondas raíces para poderlo arrancar de pronto... Esta certidumbre despertó su congoja. Y reclinándose sobre la mesa, sintiéndose más solo que nunca, rompió á llorar amargamente.

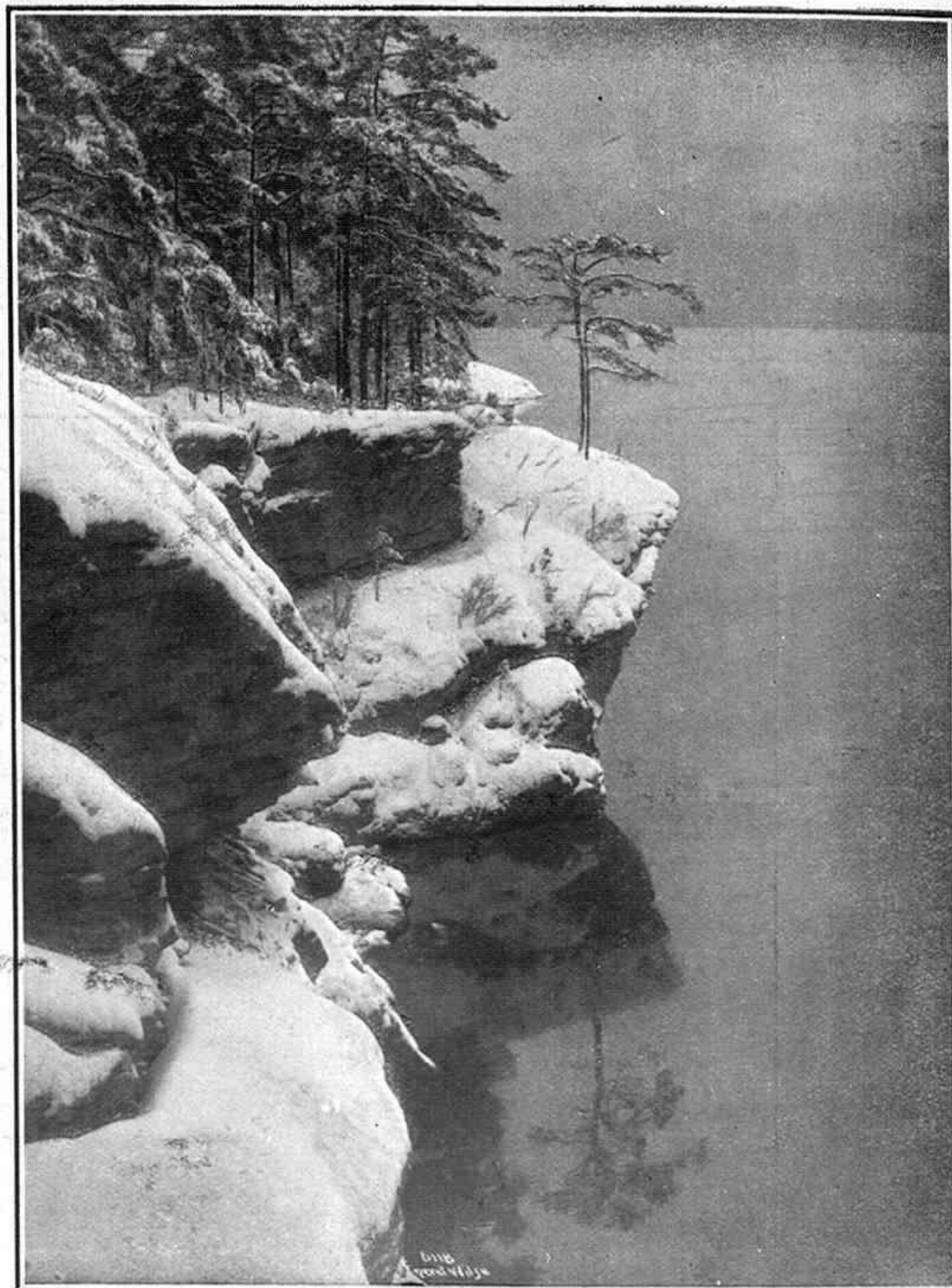
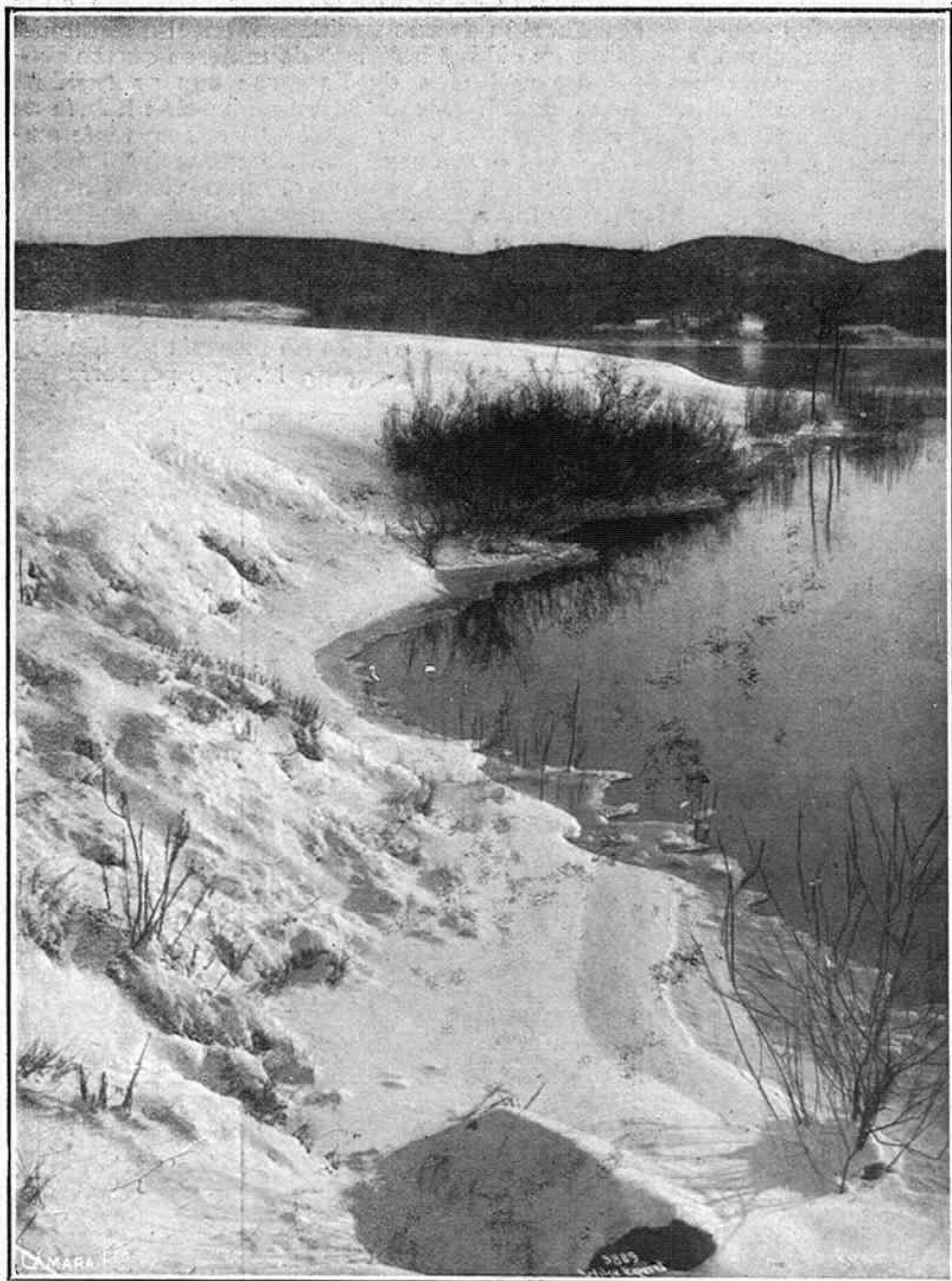
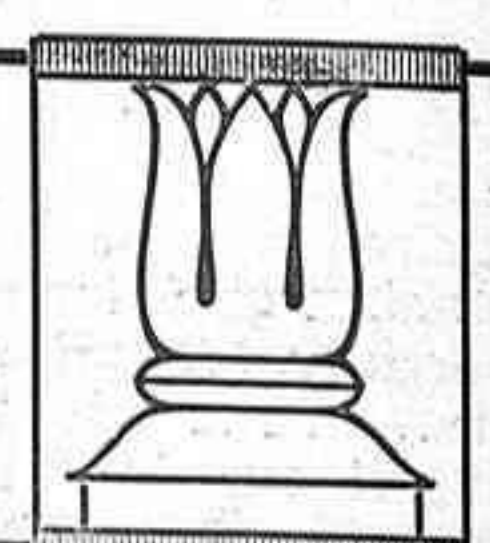
Sus labios, en tanto bebían la hiel de sus lágrimas, repitieron, dirigiéndose á la ingrata, el reproche de Bécquer:

«Lo que hay en mí que vale algo,
eso... ¡ni lo pudiste sospechar!»

DIBUJOS DE PEDRERO EDUARDO ANDICOBERRY

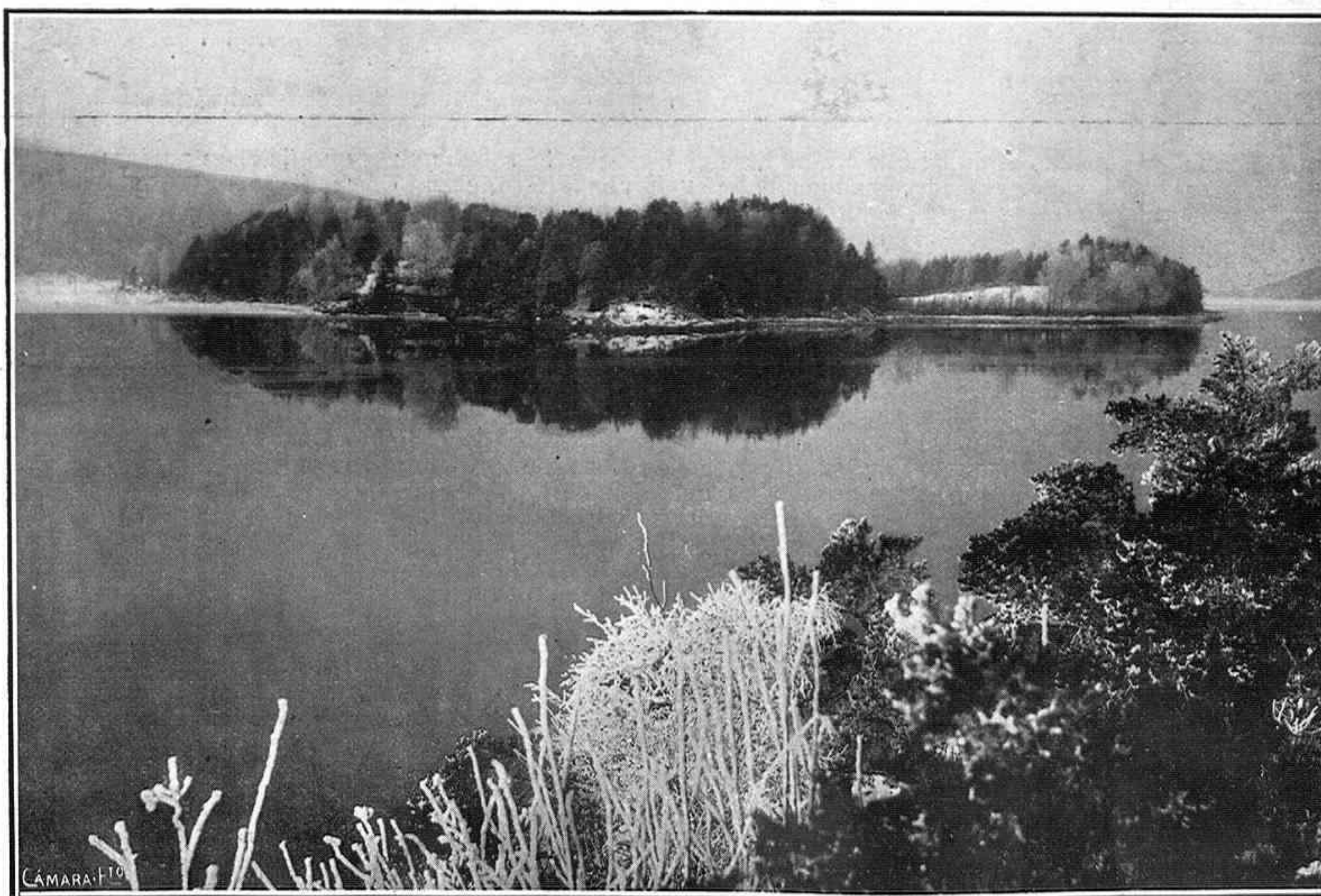


EL INVIERNO EN NORUEGA



Paisajes pintorescos de Sesoe, cuando la nieve cubre los campos

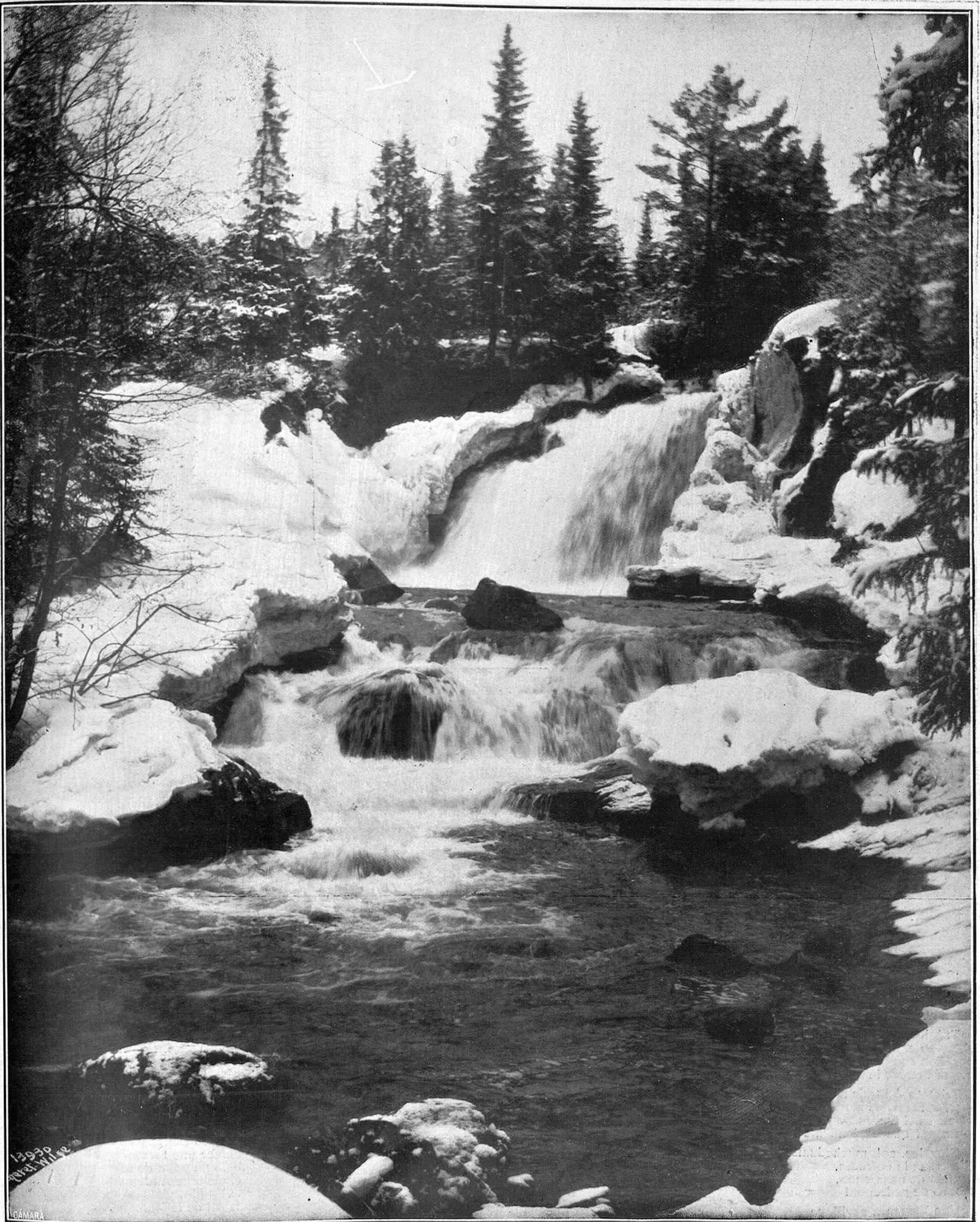
El legendario país escandinavo, cuyas sagas, ensalzadoras de épicas hazañas, inspiraron todas las literaturas nórdicas, como fueron sus osados vikingos los que en expediciones aventuradas á través de los procelosos mares septentrionales trajeron á la Europa meridional, en siglos remotos, la savia de pueblos bárbaros pero no gastados por civilizaciones en ocaso, ofrece pródigo al viajero innúmeras bellezas naturales. Sus fiordos impregnados de melancólica poesía, extendiéndose durante millares y millares de kilómetros en una de las costas más accidentadas del mundo; sus praderas eternamente verdes, esmaltadas de blancas y alegres casas; sus in-



A la orilla de un lago noruego

contables islas, islotes y arrecifes que forman como un segundo litoral; sus montañas y valles, poblados de vegetación lujuriente; sus lagos de ensueño, en los que se reflejan las magnificencias de un paisaje indescriptible, hacen de Noruega apetecible meta de anhelos artísticos ó de simples curiosidades de turista rico. La industria del interesante país ha sabido obtener provechos de ese extraordinario valor estético de Noruega, como en el orden puramente industrial deriva fabulosas riquezas explotando sus bosques, sus minas y sus aguas, atrayendo enorme contingente de visitantes durante los meses estivales y aun en pleno invierno no menos propicio al turismo.

PAISAJES PINTOESCOS



12930
L. CÁMARA

CASCADA EN UNA DE LAS MONTAÑAS DE CHRISTIANÍA

PÁGINAS POÉTICAS



SEMANA SANTA EN SEVILLA

¡Sevilla en Semana Santa,
Semana Santa en Sevilla!..
Fiesta que parece un sueño
febril de la fantasía.

Trágicos ojos nocturnos
rimando con una risa;
cabellos como tinieblas
y, por marco, la mantilla.

Tristeza del traje negro
—¡el corazón de alegría—,
tristeza del Jueves Santo
—un sol que esplendente brilla—.

Claveles, sol, muchedumbre.
¡Ya cruza la cofradía,
cortejo de nazarenos,
tesoro de pedrerías!

Una Virgen... sevillana,
un Redentor que agoniza
cada nueva Primavera,
y una clara voz que vibra:

«Jesús expira en la Cruz...
Llora la Virgen María...
Y ante su pena, de pena,
¡hasta las piedras crujían!
¡Y muere en la Cruz Jesús!..»

La triste «saeta» expira
entre los labios gitanos
de alguna boca encendida
que sabe rezar á Dios
y cantar, ébria de vida,
bajo el palio de la parra
y el cielo de Andalucía.

Puente de Triana. Luces
de los cirios. Cofradías
que pasan, en el silencio
de la madrugada... Brilla
sobre las aguas del río,
bajo la triste sonrisa
de la Virgen de Triana,
la luminaria encendida

de la procesión que avanza
lentamente hacia Sevilla,
llevando á la Madre de
toda la gitanería!..

Arco de la Macarena.
Lluvia de sol. Melodía
primaveral... ¡Viernes Santo
de la Semana divina!

De regreso va la Virgen
—¡la Esperanza!—, florecida
de oro, de sol, de plegarias,
de promesas, de alegrías!

Músicas... Reales hembras
bajo la blanca mantilla
llena de luz y piropos...

Ojos de melancolía
bajo la mantilla negra,
labios que al beso convidan,
mientras dejan escapar
la «saeta» dolorida...

¡Sangre de la Primavera,
Semana Santa en Sevilla!
Embriaguez de luz y ritmo.
Pasión y muerte, en la ambigua
fiesta que parece á un tiempo,
por la exaltación, divina;
por el ambiente, pagana;
por el sentimiento, mística.

Y por el sol, por la sangre,
por la gracia y la armonía,
por las mujeres gitanas,
por el derroche de vida
—¡vino alegre y risa loca!—,
parece una loca orgía,
bajo un palio de esmeralda,
el cielo de Andalucía.
...Y todo, visto en un sueño
febril de la fantasía!..

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

DIBUJO DE ECHEA

PÁGINAS CÓMICAS



EL FESTÍN DE DON BALTASAR

Dibujo de Ricardo Marín

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES
EL "BUEN" LA FONTAINE

El *bonhomme* le llamaron sus contemporáneos, y tal maña se dió La Fontaine para embaucar á todos, que el sobrenombre perduró. Durante mucho tiempo ha sido como un axioma la bondad de La Fontaine, su simpleza, su tontería... Ciertamente el fabulista tenía genio, pero lo ignoraba... En su espíritu había fábulas maravillosas, como un árbol lleva en su savia ópimos frutos perfumados... Si La Fontaine ha podido leer desde ultratumba lo que de él escribieron críticos y biógrafos suyos, ¿cómo habrá reído él, que, buen hijo de la Champaña, tanto gustaba de la franca alegría y de las burlas!...

Sin embargo, ahora habrá tenido que ponerse serio. La crítica moderna no se paga de palabras y penetra hasta el fondo de las cosas. Sorprendida del contraste que se nota entre el espíritu de observación, el buen sentido, la reflexión prudente y atenta, el ingenio satírico y punzante que rebosa en todas sus fábulas y la suave demencia, la especie de idiotez acerca de la cual tan embromado fué el *buen hombre*, su autor, se ha preguntado si aquella idiotez no era simulada y crítico francés ha habido que con la misma ligereza de los contemporáneos del genial fabulista para proclamarle buena persona, ha deducido que el buen hombre era un *mal hombre*; que adoptó aquella ridícula máscara de su estupidez para hacer su santísima, mejor dicho, su empetacada voluntad.

Ni tanto ni tan poco.

Ni el *bonhomme* de la leyenda, ni el *mal hombre* de la crítica. Fué más digno de lástima que de reproche.

Sus retratos, como verá el lector por los que ilustran estas líneas, no muestran un idiota ni fingido ni real. En sus ojos grandes y vivos hay resplandores y tenebrosidades de genio, su semblante por obra de su nariz ganchuda y de su mirada, recuerda más á las aves de presa que al topo. Leyendo atentamente lo que cuentan sus biógrafos, se esclarece y se ilumina la psicología de aquel gran hombre.

Evidentemente tenía instintos y apetitos de ave de presa. Le faltaron las garras y el pico...

Primero, indolente, apático, sin vocación ni afición alguna más que á los placeres. Luego, cuando su inteligencia se despertó, listo, muy listo para hacerse cargo de la realidad que le rodeaba, y después, cuando su vocación se le definió, artista sobre todas las cosas, consagrado por completo á su arte, que llega á ser en él—como en todos los grandes artistas—su manía, su obsesión, su vicio, su placer, el único fin de su existencia. Y entonces... entonces 'es cuando su inteligencia le da la astucia de fingirse poco menos que idiota, desligarse de todo lo que se opongá á su arte: empleo, mujer, hijos,



JUAN LA FONTAINE
 1621-1695

amistades, etiquetas y compromisos sociales... Y no es malo, aunque á primera vista, haya no poco que perdonarle.

En primer lugar, para juzgarle imparcialmente no se olvide que vivió en el siglo xvii, planeando por encima de tanto y tanto ingenio como un águila, la mirada imperiosa con que Luis XIV exigía que se guardase el decoro, la majestad, la dignidad exterior hasta en lo último de los peores desenfrenos.

En siglo de tan bien guardadas conveniencias, de hipocresías magistrales, la franqueza de su carácter se rebela contra ellas. Primero sufre un arrechucho místico y á los diez y ocho años de edad ingresa en el Oratorio de Reims, sin vocación religiosa, tal vez con escasa fe—demostró muy poca en su vida—pero seguramente por repugnancia á la hipócrita inmoralidad ambiente y por grandísimo horror al trabajo, huyendo de que su padre le hiciese abrazar alguna profesión ú oficio, pues por ninguno sentía afición. Pero su carácter indómito, que empezaba á definirse, le impide doblegarse á las reglas y á los ejercicios de aquella congregación y á los diez y ocho meses la abandona.

Entonces, su padre, por hacerle hombre de pro, le da su cargo de inspector de las aguas y de los bosques de Chateau-Thierry, le casa con Marie Hericart, mujer de mucna belleza y no poco espíritu. La Fontaine acepta el cargo y la esposa más por indolencia que por gusto. Ni él la había amado nunca, ni ella, carácter altanero, imperioso y antipático, supo hacerse amar.

En vano, su padre, que gustaba extraordinariamente de los bellos versos, le insta—¿presentimiento paternal?—al estudio de la Poesía. A los veintidós años La Fontaine no da señales de la inclinación que había de constituir luego su vida y su gloria. Es insensible á la ruína; aborrece los preceptistas cuyas obras caen en sus manos.

Pero de pronto, una oda de Malherbe que oye leer con gran énfasis á un oficial de la guarnición, despierta su sensibilidad poética y logran más que excitaciones paternas, lecturas poéticas y reglas de preceptistas. Y, La Fontaine, empieza imitando á Malherbe y componiendo versos. Sabiendo la alegría que han de causar á su padre—y esto demuestra que no era malo—se los lee y el viejo al escucharlos llora de júbilo. Sin embargo, este éxito no envanece á su buen sentido y se los lee asimismo á un pariente que también cultiva las letras y en cuyo buen gusto tiene más fe que en el amor de su padre. Y el pariente, uniendo los elogios á los consejos, le pone en las manos las obras clásicas de Horacio, Virgilio, Terencio y Quintiliano. A estos libros añade el nuevo vate los de Rabelais y Marot y la *Astrea* de Durfé, solos autores franceses á los que se había aficionado y de los cuales el uno le presta su alegría descarada é ingeniosa, el otro le adiestra en el estilo y la obra del últi-

mo, amasa en su cerebro los colores risueños y variados de sus imágenes campesinas. Sin embargo, como *se divertía más con los italianos*—palabras suyas—La Fontaine lee y relee á Ariosto y Bocaccio, á quien amó singularmente, y en su ansia de recuperar el tiempo perdido en la ociosidad, se da por completo á leer los clásicos griegos, y Platón y Plutarco hacen sus delicias, le proveen de máximas morales y políficas, que tomará cuando le convenga sin escrúpulos de originalidad... y particularmente el divino Aristocles echa en su espíritu una semilla... revolucionaria que pocos hasta hoy han sabido ver en sus fábulas...

Desde aquel punto y hora se entrega en cuerpo y alma á las Musas. Y empieza á pensar con enojo en las discordancias conyugales. Dedicado por completo á su vocación y á sus pensamientos aparece cada día más ensimismado, hasta el extremo de parecer sumido en la estupidez. Por burlarle ó por soliviantarle, sus convecinos le van con el cuento de que su mujer le es infiel con un apuesto militar de dragones que visita diariamente su casa.

Menos por credulidad que buscando una justificación para dejar caer la carga matrimonial, vese muy de mañana á casa del oficial calumniado, le obliga á levantarse y á seguirle, y una vez en campo raso, tras de decirle: *Me han aconsejado que me bata contigo*, y de explicarle el por qué, sin aguardar más razones tira de espada y le obliga á caer en guardia. Afortunadamente para él y para las letras, acabó el lance como el del bachiller Corchuelo en el Quijote, y La Fontaine, después de recoger su hierro, que había volado á altura y distancia grandes, y sin más consecuencias que haber sentido el ridículo de su papel, vese á desayunar á casa de su adversario, con el cual se reconcilia, y á quien, para vencer sus escrúpulos de delicadeza, dice ingenuamente, sin advertir que demuestra con sus palabras no haberle provocado por celos que, al fin y á la postre, suponen algo de amor: *Ya he hecho lo que el público quería. Ahora quiero que vengas otra vez todos los días á mi casa sin temor de que vuelva á batirme contigo. ¿Arrepentimiento? Quién sabe si sólo buscaba poner el fuego juntó á la estopa para que soplando el diablo, le diese pretexto formal para deshacerse de su cónyuge, cada día más indiferente para él y cada vez más insufrible... no obstante su virtud. Que la virtud á secas no suele ser motivo de felicidad para el marido.*

Como el juez que preguntaba siempre *¿quién es ella?*, así el biógrafo debe averiguar qué mujer empujó el talento de un hombre á las cumbres de la gloria.

Así en la vida y en la obra de La Fontaine, hay



EL ORÁCULO Y EL IMPÍO
 Fábula LXXIX



EL LEÓN DOMINADO POR EL HOMBRE
 Fábula LII

un mujer que ejerce absoluta influencia, que ex-
poea al genio y le inspira concepciones revolu-
cionarias que pocos hasta hoy han visto: la fa-
mosa duquesa de Bouillon, sobrina del más fa-
moso aun cardenal Mazarino; mujer dotada de
gran belleza y de un ático espíritu muy delicado
y muy culto.

Desterrada en Chateau-Thierry, cuna y resi-
dencia del poeta, se apresura á conocer á La
Fontaine, atraída por el género literario que había
emprendido, y le presta cálida acogida y entu-
siasia apoyo.

Muy sensible el poeta á sus encantos y á sus
mercedes, le hace asiduamente la corte, y enar-
decido por agradarla y por complacerla, extrema
la alegría y la licencia descaradas de sus prime-
ras obras y aguja el ingenio para apuntar más
alto y más socarronamente disfrazar sus tiros.
Y el Rey, de quien la duquesa estaba asaz des-
contenta, es el blanco de sus iras y el héroe dis-
frazado de fábulas y cuentos, en los que no sale
muy bien librado. Y en el siglo xvii, respetuoso
de todas las jerarquías y de todas las tradicio-
nes, La Fontaine solo con Molière, hace la crítica
de las costumbres y de la sociedad. Sólo que es
un crítico con astucias de zorro y prudencias de
serpiente. En lugar de escribir diatribas como
Voltaire hará más tarde, escribe fábulas de apa-
riencia inofensiva. ¿Quién puede sospechar que
el león, en toda su obra, representa al Rey, y que
el retratista no halaga á Su Majestad!

La duquesa, encantada, identificada con su
poeta, se lo lleva á París, en cuanto ve levantado
su destierro y le alberga consigo. Pero en el bu-
llio de París su corazón halla tal vez poco in-
teresa lo que en provincias le interesara y la
amistad, entre Madame y La Fontaine, se enfría.

El poeta no quiere volver á su rincón provin-
ciano. Tampoco puede sostenerse en París, don-
de le atan el deseo romántico de estar cerca de
la dama de su desencanto y su sed de placeres
y de gloria.

Por lo cual empiezan sus locuras... Rápidos
viajes á su ciudad natal para liquidar la fortuna
—á decir verdad pequeña—, legada por su padre
y que debía conservar y aumentar para su hijo.
Por olvidar se aturde en una vida de placer, y
una vez arruinado, encubre totalmente sus inten-
ciones y sus propósitos con la máscara de su
simpleza. Y deja caer la carga conyugal por
culpa, en gran parte, del carácter de su mujer. Su
enorme sentido común le hace ver que Dios no
le ha dotado del don de saber ser padre; que
bajo su férula, su hijo no ha de medrar material
ni moralmente... Y en vez de dejarse llevar de ese
falso cariño, que á otros padres hace retener con-
sigo á sus hijos, los cuales sin aquéllos salie-
ran mejores y más aprovechados, abandona al
suyo..., quizás convencido de que no ha de fal-
tarle persona principal que halle un honor en
adoptar á un niño de tan ilustre nombre, y en ha-
cerlo hombre de provecho, lo que el gran escri-
tor, por su incapacidad absoluta para todo lo
extraño á la poesía, no había logrado. Y así su-
cede...

Desligado de todo vínculo y hasta de las pre-
ocupaciones personales para atender solamente
su arte, se deja albergar y vestir por grandes
damas sin darse por enterado ni aun cuando le
humillan, como Mme. de Sablière, la cual, ha-
biendo deshecho su casa, dice: *Ja n'ai gardé
avec moi que mes trois animaux: mon chat,
mon chien et mon La Fontaine.*

Influido por el recuerdo de la duquesa, protes-
ta de la prision de Fouquet, el célebre ministro
cuyo desdichado fin merecen tantos políticos
españoles. Es verdad que Fouquet le había dado
una pensión. Pero quizá en su protesta hubo más
de impulso revolucionario, de espíritu de rebel-
día, gran atrevimiento en una época en que la có-
lera del Rey y la prevención pública no permitían
franquezas tan valientes. Esta aversión hacia
Luis XIV, que ahora empieza á clarearse en sus
fábulas, ya se vislumbró en su tiempo. Cuando
apareció su obra *Amours de Psyché et de Cupi-
don*, corrió el rumor de que era una alusión á
ciertos amores del Rey Sol, y tan persistentes
fueron, que el poeta, asustado de su obra, corrió
á las gradas del Trono á desmentirlos... Y fué
creído... ¿Quién podía suponer lo contrario en
aquel simple á quien todos llaman el *bonhomme*.

Y el *buen hombre*, altamente socarrón, se
burla en silencio de todos y logra vivir sin pre-
ocuparse más que de su arte, el ideal de su vida.
Acepta sin protesta la fama de estúpido que se
le ha puesto y la explota, unas veces para sus
conveniencias, otras para desahogar su mal hu-
mor. Así, convidado por un gran personaje que
pretendía darse importancia sentando á su mesa



ALEGORIA DE LAS FÁBULAS DE LA FONTAINE

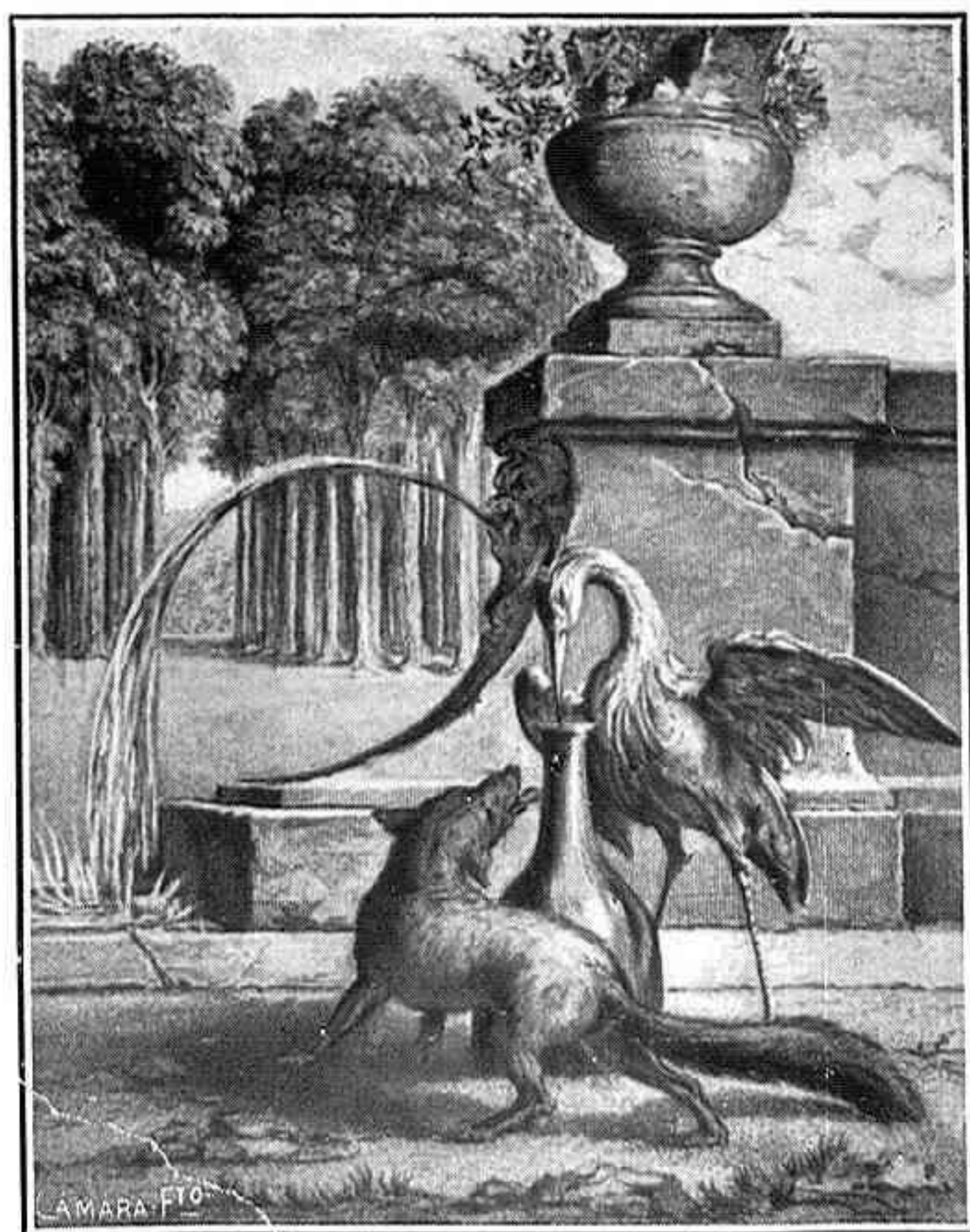
á un comensal de tan alto ingenio, come cual-
dos, bebe como cuatro, sin hablar palabra, y á
los postres se duerme como un bárbaro; y quan-
do se despierta, una hora después, se levanta y
se mete en un coche casi sin acordarse de des-
pedirse. Así hace otra vez, con la sola diferencia
de añadir el escarnio á la grosería: cuando aca-
ba de comer feozmente, sin haber dicho ni pío,
se levanta para marcharse con pretexto de tener
que ir á la Academia. El anfitrión, deseando que
se quede algo más para oírle algo ingenioso, le
replica que es pronto para ir á la Academia, de
la cual dista su casa muy poco trecho. *No im-
porta*—replica La Fontaine como diciendo lo
más natural del mundo—, *tomaré el camino
más largo.*

Detalle curioso: él que para todo necesita y
pide consejos, sabe darlos muy atinados á las
contadas personas de su estimación.

En una carta á Madame de Thianges se le es-
capa esta sinceridad: el público, las amistades,
todos, *me han hecho emplear la poca bilis que
yo tengo...*

Y esta bilis le sume en meditaciones de las
que nadie logra sacarle. Más de una vez se le
ve todo un día sentado bajo un árbol sin ente-
rarse de que llueve, sin sentir el frío.

En cierta ocasión, en casa de Despreaux, du-
rante una comida, discuten Boileau y Racine,
acerca de San Agustín, y al oír este nombre y
como despertando, cual si no supiera lo que se
ha tratado, exclama, dejándolos estupefactos:



EL LOBO Y LA CIGÜENA
Fábula XVIII

¿Creéis que San Agustín tuvo más espíritu que
Rabelais? Y lo dice por molestar á uno de los
presentes...

Tan difícil como sacarle de sus meditaciones
es hacerle escuchar interrupciones á un discurs-
so suyo. Discutiendo con Molière y con Boileau
acerca de los apartes en el teatro, les larga una
perorata interminable.—¿Cómo puede pasar—
dice—que la cazuela se entere de lo que el per-
sonaje no oye á pesar de decirse á su lado?
Los apartes son un absurdo. Como no hay ma-
nera de hacerle callar ni de hacerle oír, des-
preaux exclama á gritos: *¡Es preciso que La Fon-
taine sea un gran bribón, un gran embustero!*
y otras lindezas por el estilo. Viendo que á pe-
sar de ellas continúa disertando sin enterarse,
se echan todos á reír. Al notarlo pregunta La
Fontaine la causa. *Nos reímos de que me estoy
desgañitando injuriándolos*—dice Despreaux—
*y no me oís. Y en cambio os sorprende que en
escena un personaje no oiga lo que otro dice
en un aparte.*

Como buen poeta escribe pintándose, no como
es sino como hubiera querido ser, en este verso
de una carta suya á madame de Sevigné:

...Mais quoi! je suis volage en vers comme en amour...

No creyó ser versátil en amores. Fué constan-
te, sin darse cuenta. Y así la influencia subver-
siva de la duquesa de Bouillon aparece en casi
todas sus obras, excepto en aquellas que tomó
del *Panchatantra* indio y de otros autores de
la antigüedad.

¿Quién podría sospechar intenciones, propó-
sitos revolucionarios en aquel *buen hombre* á
quien madame de la Sablière nombraba con su
perro y su gato? Sin embargo, releyendo mu-
chas de sus fábulas se observa su espíritu de
protesta. En *Le Chêne et le Roseau*, por ejem-
plo, se ve que la encina simboliza el Rey, y la
caña el Pueblo. El viento del Norte,

*...Le plus terrible des enfants
Que le Nord eût porté jusque là dans ses flancs*

es la tormenta revolucionaria que el fabulista, el
Poeta—vate y adivino—presenta, anuncia y tal
vez espera; aquella tormenta revolucionaria que

*Fait si bien qu'elle déracine
Celui de qui la tête en ciel était voisine*

(ó sea el Rey)

Et dont les pieds touchaient á l'empire des morts

(el Rey y su estirpe).

¡La Fontaine precursor de la Revolución fran-
cesa!... He aquí un aspecto suyo inesperado
que llenará de estupefacción á Juan Jacobo Rous-
seau, el filósofo que pretendía que se proscri-
biese severamente de la biblioteca de la juven-
tud las obras de aquel fabulista porque predica-
ban, según el autor del *Emilio*, una moral muy
inmoral, al dar siempre la razón á la Fuerza y á
la Astucia.

¡La Fontaine revolucionario! Hé aquí un as-
pecto que llenará de confusión á todos los que
aconsejaban dejar sus fábulas inofensivas y mo-
rales en manos de la infancia y de la juventud...

Y es que La Fontaine engañó á todos. No
daba la razón á la Fuerza y á la Astucia; sola-
mente consignaba que en la lucha por la vida,
entre todos los animales—particularmente los
hombres—se la llevan siempre los fuertes y los
astutos. Como él no era ni podía ser de los
fuertes se había aposentado entre los astutos.
Con tal éxito, que vivió como le plugo, y enci-
ma engañó diez ó doce generaciones, acerca de
su verdadero espíritu.

Quizá Boileau fué el único que con sagaz vis-
ta, llegó á dudar un instante de la *bonhomie* de
La Fontaine, como se trasluce de su carta á
M. de Maucri.

Por mi parte creo que ciertas historias de
disciplinas y mortificaciones fueron piadosa in-
vención de Madame de Herward, la última pro-
fectora del poeta, tan encariñada con su recuer-
do, que conservó durante muchos años la alcoba
mortuoria en el mismo ser y estado que el difun-
to la dejara.

Y los cilicios que se le hallaron al amortajarle
también fueron obra piadosa de aquella dama y
de su esposo. Acaso al colocárselos, después de
muerto, é inventar las penitencias y las mortifi-
caciones, pretendían hacer amable en la muerte
al hombre que no supo hacerse amar en vida.

Que es muy frecuente pintar á los que exhuma-
mos, no con los defectos por los cuales quizá
más que por sus perfecciones nos cautivaron,
sino con las virtudes y los atractivos con que
quisiéramos verlos admirados por la Humanidad
entera...

E. GONZÁLEZ FIOLE

AUTORES CÉLEBRES

Juan Eugenio Hartzzenbusch

UN ejemplo más de lo que pueden el talento natural y las aspiraciones elevadas, al servicio de una voluntad firme y decidida, y de lo que logra el propio esfuerzo cuando fortalecen el espíritu el amor al trabajo, la práctica de la virtud y la fe en el porvenir. Este es el caso de D. Juan Eugenio Hartzzenbusch.

Nació en Madrid, el 6 de Septiembre de 1806, de padre alemán y madre española, y desde su más tierna edad empezó á ejercer el oficio de ebanista, que era el del autor de sus días, á cuyo lado dió muestras de gran precocidad; pero no estaba en tan modesta ocupación el límite de sus aspiraciones y, privándose del descanso y robando horas al sueño, desde los doce á los diez y seis años de su edad, estudió latín, humanidades y lenguas francesa y castellana, en los Estudios Reales de San Isidro, con los Padres de la Compañía de Jesús.

Para ganar tiempo y realizar sus propósitos lo más pronto posible, aprendió taquígrafía, lo cual le valió una plaza de temporero en la *Gaceta de Madrid*, dando con ello el primer paso en el camino de su emancipación.

Comenzó á publicar, en los periódicos, cuentos y fábulas morales; pero donde tenía puesta la mira era en el teatro: le seducía la literatura dramática y aspiraba á las glorias de la escena. Prudente y precavido, antes de lanzarse á escribir obras originales, tradujo algunas comedias francesas y refundió otras de nuestros más afamados autores del siglo xvii.

En 1831, creyéndose ya capacitado para ello, compuso dos dramas históricos; mas le engañaron su deseo y su buena voluntad: el primero no llegó á representarse, por no haber empresario que se atreviese con él, y el segundo fracasó al ser estrenado.

Un paréntesis de seis años en su carrera de autor dramático: seis años observando juego, como vulgarmente se dice. El 19 de Enero de 1837, el autor silbado en 1831, se descolgó nada menos que con *Los amantes de Teruel*.

No es posible hablar del estreno de *Los amantes de Teruel* sin hablar al propio tiempo de *Figaro* (Mariano José de Larra), insigne crítico que consagró á tal acontecimiento uno de sus mejores artículos, siendo de notar que en su crítica no se limitó á elogiar la obra, sino que, además, como si tratara de defender su propia causa, atacó á los críticos que juzgaron exagerado el final. A este propósito, escribe:

«... si oyese (el autor) repetir á sus oídos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mata á todo el mundo) como matan la ambición y la envidia, que más de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna.»

A través de esas líneas, que parecen trazadas, como queda dicho, en defensa propia, se transparenta la idea del suicidio, que realizó poco después, precisamente por una pasión violenta y desgraciada, por un amor contrariado é invencible...

En 1838, un año después de su gran triunfo con *Los amantes de Teruel*, estrenó Hartzzenbusch otro drama de empeño, *Doña Mencía, ó boda en la Inquisición*, que obtuvo también un éxito brillante y clamoroso, confirmando su mérito y consolidando su reputación de autor eminente, de escritor castizo y de poeta inspirado y correctísimo. En 1841-44 y 45, respectivamente, dió al teatro los dramas *Alfonso el Casto*, *Juan de las Viñas* y *La Jura en Santa Gadea*, cuyos éxitos nada tuvieron que envidiar á los anteriores del autor ni á los mejores de aquella época.

No consiente el espacio de que puedo disponer seguir paso á paso la gloriosa y larga carrera dramática de este autor insigne; baste de-

cir que escribió mucho, estrenando casi siempre con éxito feliz y que, su sólida instrucción, su vasta cultura y la flexibilidad de su talento, le permitieron abordar, con fortuna, todos los géneros: en el de magia produjo dos obras notables, que en muchos casos han sido la salvación de las empresas: *La redoma encantada* y *Los polvos de la madre Celestina*.

Durante algunos años, en cuanto llegaba la Cuaresma se representaba el drama *La Pasión*, escrito por D. Antonio Altadill. Al fin se cayó en la cuenta de que la representación de tal obra, ó de otras semejantes, era una profanación, y en 30 de Abril de 1856 se dictó un Real decreto prohibiendo la representación de toda producción escénica en la cual figurasen personas de la Santísima Trinidad ó de la Sacra Familia. Hablando de aquella disposición, y para demostrar la habilidad suprema de Hartzzenbusch, dice uno de sus biógrafos (D. Aureliano Fernández-Guerra):

«Desde entonces los empresarios veían sucederse unas cuaresmas á otras, recordando tristemente las antiguas ganancias, y en vano solicitaban de los antiguos poetas un drama de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo en que no apareciese el Divino Redentor ni su Madre Santísima. No faltó autor que les contestase con esta poco reverente pregunta: «¿Creen ustedes que se puede hacer chocolate sin cacao, azúcar, ni canela?» Pero Hartzzenbusch resolvió el problema escribiendo con estro soberano *El Mal apóstol* y *el Buen ladrón*, donde, si bien no salen las figuras de Jesús y María, constantemente se las ve sin verlas y se las oye sin oirlas, y el espectador las sigue, anhelante y conmovido, desde Belén hasta la cumbre del Calvario. ¿Qué mayor prueba de habilidad y de ingenio?»

Efectivamente, *El Mal apóstol* y *el Buen ladrón* es uno de los dramas más hermosos de Hartzzenbusch; se hizo mucho durante algunos años y dió un dineral. Es en verdad muy extraño que tan magnífica obra haya caído en el olvido. El empresario que la resucitara oportunamente, haría de seguro un buen negocio. ¿No se hace el *Tenorio*, invariablemente, en unos determinados días del año? Más razonable justificación tendrían las representaciones de *El Mal apóstol* y *el Buen ladrón* durante la Cuaresma.

En pleno éxito, en el apogeo de sus facultades, cargado de gloria y de honores, en 1847 y cuando contaba cuarenta y uno de edad, le abrió sus puertas la Real Academia Española. Es de advertir, y esto hace honor á su nunca desmentida modestia, que años antes de ingresar en la docta Corporación, había pretendido la plaza de conserje de la misma. «Llegué tarde (decía), la plaza estaba dada». Llegó cuando debía llegar y á la plaza que le correspondía por derecho de conquista.

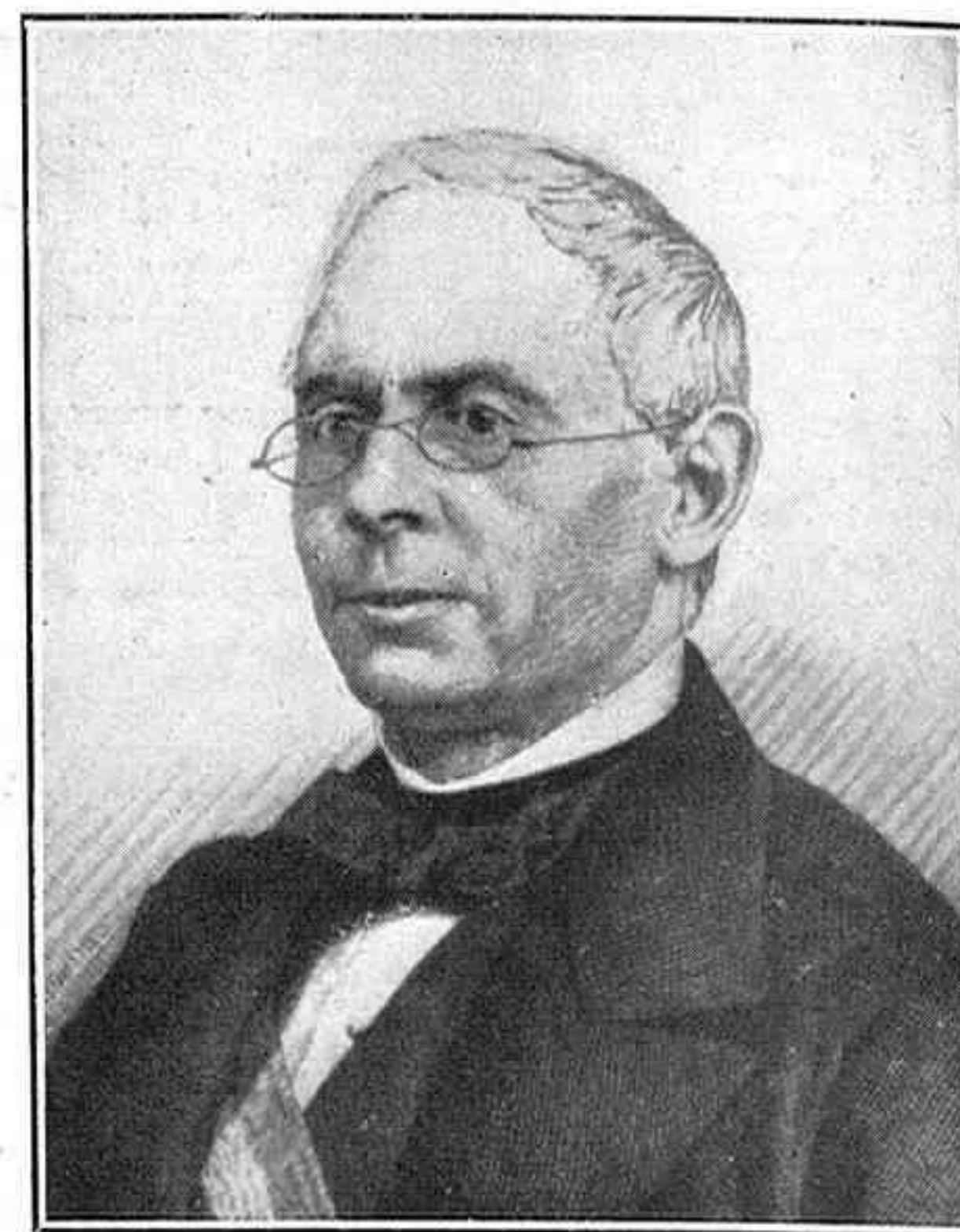
En Noviembre de 1854 fué nombrado director de la Escuela Normal, como premio á sus muchos y luminosos trabajos en pro de la enseñanza, y el 11 de Diciembre de 1862 director de la Biblioteca Nacional, cargo el más adecuado á sus aficiones predilectas y donde prestó eminentes servicios á la cultura patria y á la gente de letras. Sus tristezas y sus achaques le obligaron á jubilarse en 1875; se recluyó en su casa de la calle de Leganitos, número 13, y en ella murió el 2 de Agosto de 1880, á la edad de setenta y cuatro años.

Estaba condecorado con las grandes cruces de Isabel la Católica y de Carlos III; pero rarísima vez y sólo por compromiso, ineludible las lucía, pues era enemigo de toda personal ostentación. Su única vanidad—no sólo disculpable, sino plausible—consistía en recordar su origen humilde, no sólo en privado sino en público, y de esto dan testimonio los versos siguientes:

«La tercia rima con trabajo acoplo:
más fácil instrumento necesita
diestra que maneja mazo y escoplo.»

En cierta ocasión, hallándose en el palacio de Fernán-Núñez, donde se celebraba una gran fiesta, al sentarse en una silla volante se rompió ésta, y D. Juan Eugenio vino á dar en el suelo con su humanidad; levantóse prontamente, examinó los fragmentos del destrozado mueble y dijo á las personas que le rodeaban:

—Yo las hacía más fuertes y mejores. Los



JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

ebanistas de mi tiempo *trabajábamos* mejor que los de ahora.

Aunque profesaba ideas liberales y fué miliciano nacional, nunca quiso tomar parte en la política; y una vez que propuso la Academia Española elegirle senador, se negó á ello rotundamente, así como rechazó en la milicia los grados con que quisieron *favorecerle*... y no pasó de soldado raso.

Como Bretón, Tamayo y otros insignes autores, fué sañudamente combatido por los críticos—á excepción de D. Manuel Cañete, que lo defendió siempre.—Pero aquellos parciales y sistemáticos enemigos hubieron de sufrir, al fin, el castigo merecido. Constantemente le acusaban de plagiarlo y, en cuanto estrenaba una obra, le decían—sin probarlo nunca—de dónde la había tomado, censurando ágramente que diese como original lo que era arreglo ó imitación.

Un día se anunció el estreno de una traducción de Hartzzenbusch. El cartel citaba el nombre del autor francés y el título de la obra. «Por fin se decidía á decir la verdad! ¡Eso era lo digno, lo honrado!...» La obra gustó mucho; pero no hubo unanimidad en la crítica: unos dijeron que la traducción era aceptable, y otros afirmaron que, por haber variado el original, lo había echado á perder. Cuando los señores críticos se habían despachado á su gusto, publicó D. Juan Eugenio un comunicado en el cual afirmaba que no había tal comedia francesa ni tal autor y que se trataba, sencillamente, de una obra suya, ORIGINAL. El desquite fué completo y el ridículo de los críticos espantoso. Por tales razones ocultó su nombre, é hizo bien, cuando estrenó su preciosa comedia. *Un Sí y un No*. A este propósito dice el ya citado Fernández-Guerra: «¡Tierra singular esta amadísima patria nuestra, en que dá miedo llevar un nombre glorioso!»

Don Juan Eugenio Hartzzenbusch era la bondad personificada. Sin duda por lo mucho que había luchado y sufrido, hasta llegar al puesto que ocupaba, excelso trono de la intelectualidad de su tiempo, era decidido y tenaz protector de la juventud literaria. Todo escritor incipiente que se le acercaba, con recomendación ó sin ella, encontraba en él un mentor afable y solícito que á veces parecía un padre cariñoso. ¡Cuántas *latas* sufría con mansedumbre evangélica en su despacho de la Biblioteca Nacional!... Yo tuve la honra y la satisfacción de frecuentar su trato asiduamente y le debí consejos, atenciones y favores que no he olvidado ni olvidaré nunca, y su grato recuerdo es el culto más ferviente de mi espíritu...

Una breve anécdota para concluir: Concurrían al Saloncillo del Español, Hartzzenbusch, Zorrilla, García Gutiérrez, Ayala y otros *infelices* de esa laya, y ya puede suponer el lector el ingenio que derrocharían. Una noche, al marcharse, trocaron los sombreros Hartzzenbusch y Ayala: éste al deshacer la equivocación, le dijo al autor de *Los amantes de Teruel*:

—Don Juan, tengo más cabeza que usted.
Y D. Juan Eugenio, sin vacilar un segundo, le replicó:—Más sombrero.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

LOS GRANDES SUFRIMIENTOS DE LA GUERRA



C. CLARK
From sketch

CÁMARA P.º

UN DESTACAMENTO DE ADMINISTRACIÓN MILITAR LLEVANDO MUNICIONES Y VITUALLAS Á LA LÍNEA DE FUEGO,
CON EL FANGO HASTA LA RODILLA

DIBUJO DE CLARK

NOTAS CIENTÍFICAS

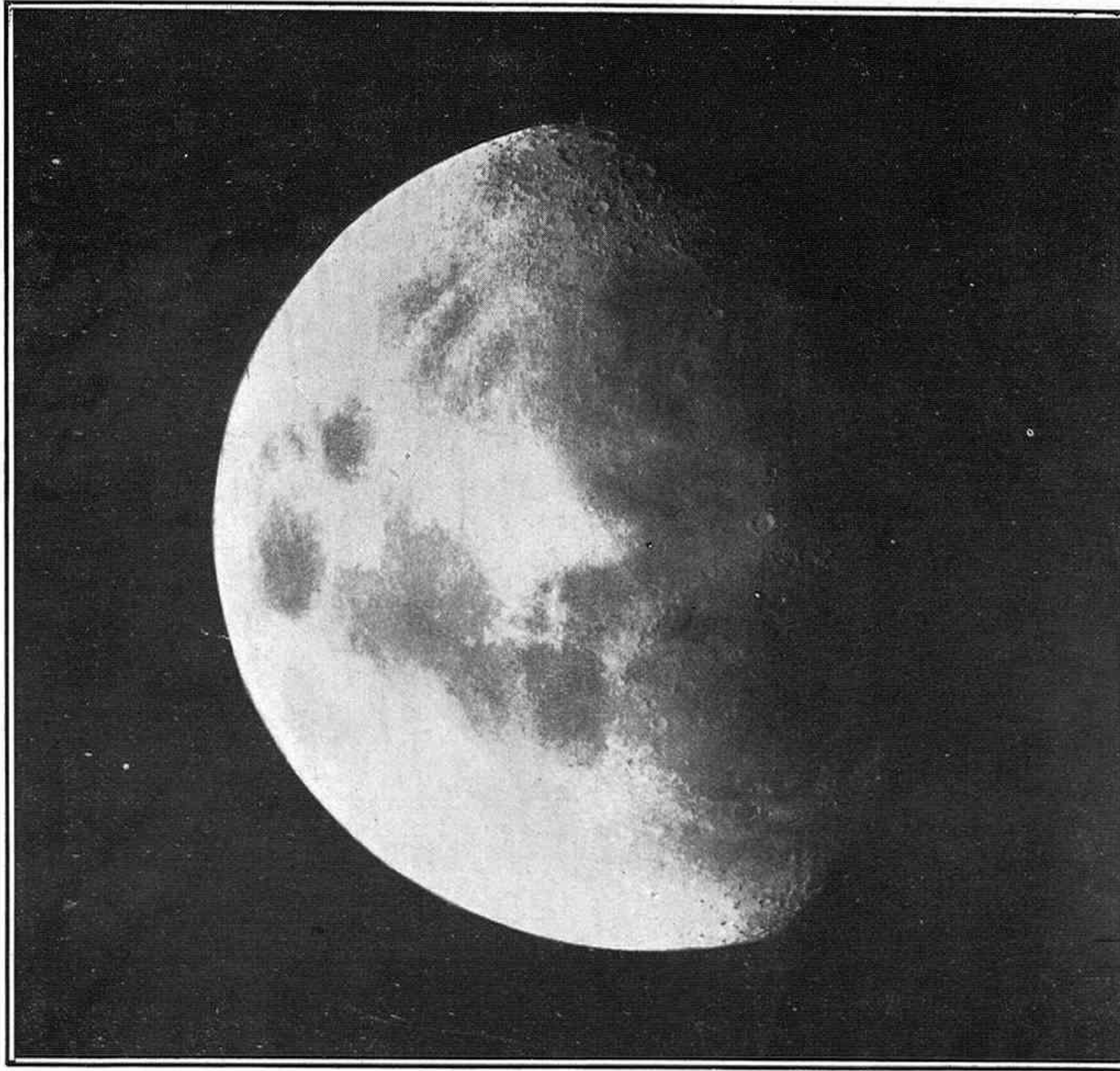
LA LUNA Y SUS MISTERIOS

Cuando el aficionado de las cosas astronómicas quiere emprender el viaje de investigación hacia el espacio infinito, la primera estación en que forzosamente le obliga a detenerse la belleza de lo que contempla es la Luna. Situada á 384.000 kilómetros de nosotros casi puede decirse sin hipébole que es una provincia terrestre. Y como puede contemplarse su conjunto de una vez, de aquí que la geografía lunar, impulsada por los progresos ópticos de estos últimos años, sea mejor conocida que la de la Tierra, donde aún quedan extensas regiones con las cuales apenas si nos hemos familiarizado.

Es la figura primera una reproducción de un magnífico cliché obtenido en Sik Observatory (California) recientemente, y que muestra casi la totalidad del disco lunar. La figura 2.^a representa una sección cercana al borde de la Luna, donde parecen los cráteres llamados de Petavio, Vendelis, Langres, etc.; y en la figura 3.^a, que representa la región más septentrional de la Luna, muéstrase la gran cordillera de los Apeninos lunares y los grandes cráteres llamados de Arquímedes, Arístilo, etcétera.

Estos, como todos los de la Luna, afectan forma casi circular, y esta forma, y la dislocación tormentosa de las murallas que las circundan, proclaman bien á las claras que fueron verdaderos cráteres volcánicos, allá cuando lo débil de la primera corteza que al enfriarse se solidificó sobre nuestro satélite, era débil barrera que oponer á las convulsiones interiores del núcleo ígneo selenita.

Son estas montañas altísimas. Su altura se calcula perfectamente midiendo la longitud de la sombra que ante el Sol proyectan; y de este cálculo se ha deducido que algunas llegan á siete mil metros; bastantes pasan de los 6.000, y muchas rebasan de los 5.000 metros. Si es verdad que nuestras más altas montañas alcanzan algunas



FOTOGRAFÍA DE LA LUNA
Obtenida en Sik Observatory (California)

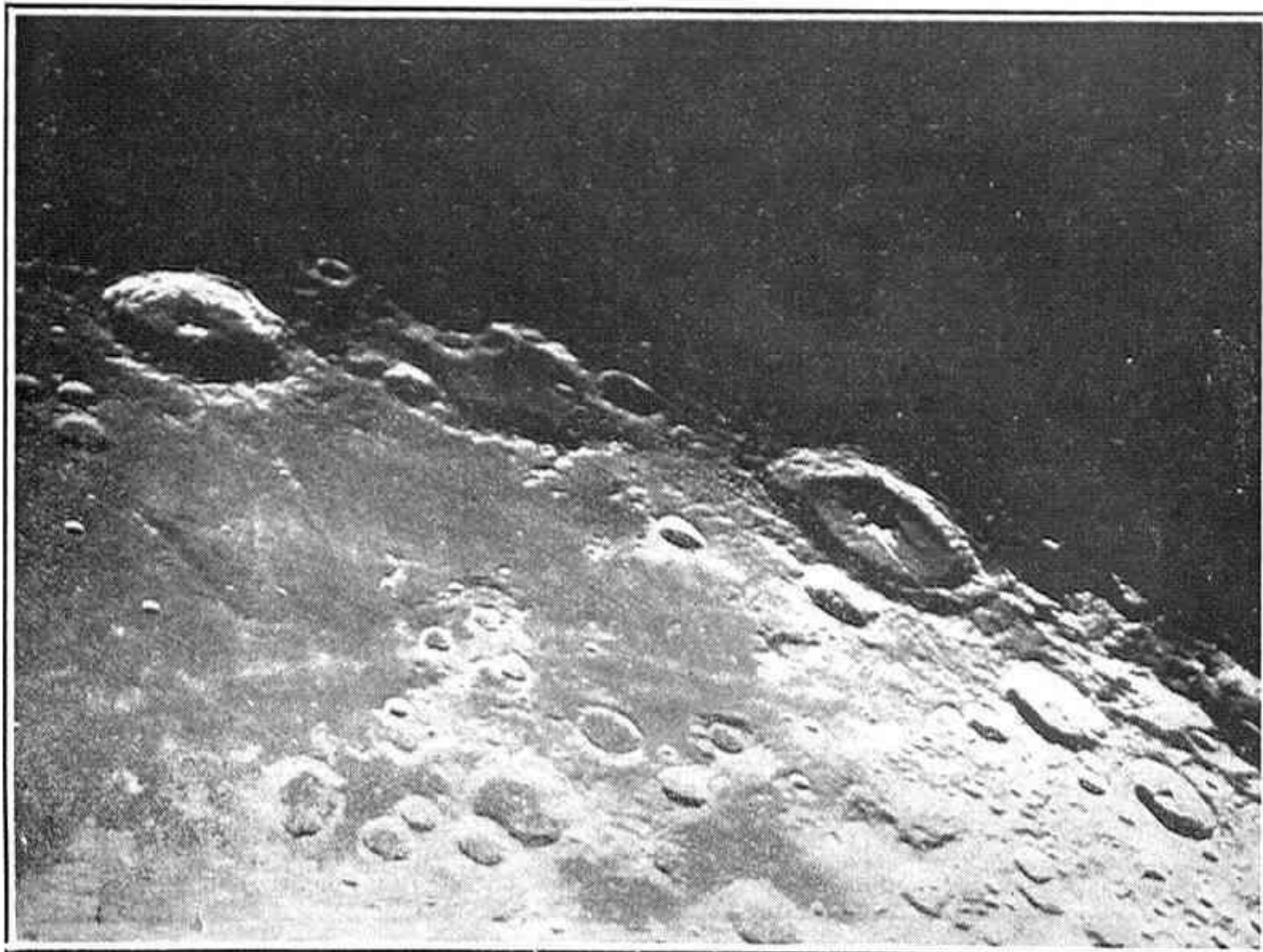
los ocho kilómetros en altura, téngase en cuenta, para comparar la magnitud de rugosidades de la Luna, con las de nuestro mundo, que aquella es unas 49 veces más pequeña que éste.

Fácilmente se deduce el volúmen de la distancia, tantas veces y con tanta precisión medida por los astrónomos. En cuanto al peso de la Luna los procedimientos para encontrarlo son varios: bien por el efecto que sobre el movimiento de la Tierra produce, bien por la acción sobre los Océanos, elevando su masa en las mareas, ó por otros efectos: todo se reduce á problemas de mecánica que han dado resultados perfectamente concordantes.

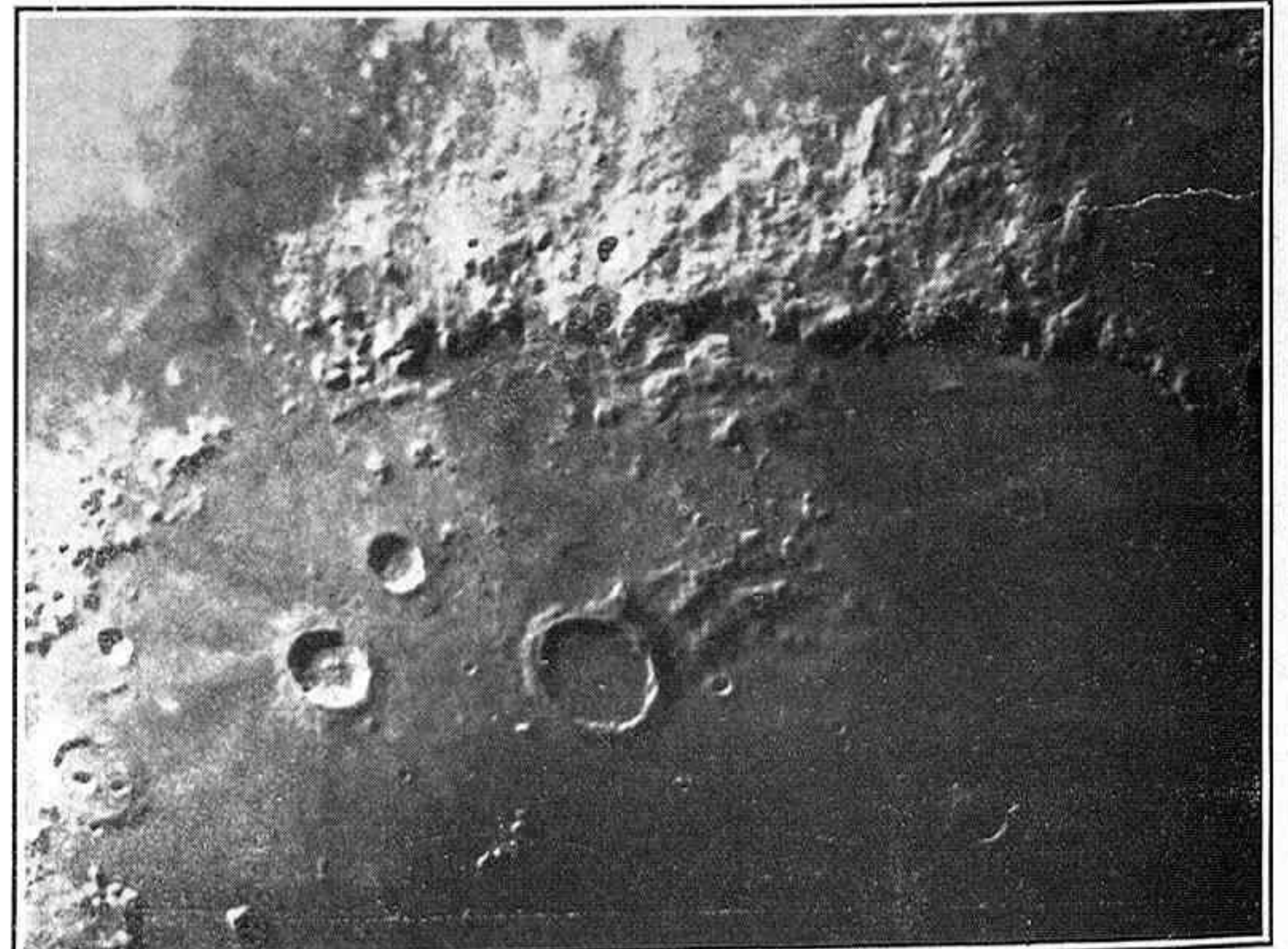
aquella, inducidos por la infinita variedad de que hace gala la Creación, entonces nada impide que en las condiciones más extrañas pueda ser posible la existencia de otros organismos diferentes á los que viven en nuestro mundo.

Si la vanidad humana ha podido empujar el infinito repartiéndole el secundario papel de fondo decorativo de la Tierra en el espacio, la Ciencia, glorificando al Creador, trata de descubrir mayores proporciones en su obra: que así, creciendo en importancia el pedestal, más alto se coloca lo que sobre él resplandece con destellos de eterna luz.

RIGEL



Sección cercana al borde de la luna



La región más septentrional de la luna

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



DETALLE DE LA CUSTODIA DE SANTO DOMINGO DE SILOS (BURGOS), JOYA ARTÍSTICA DE EXTRAORDINARIO MÉRITO Y DE VALOR INCALCULABLE

FOT. VADILLO

LA MODA FEMENINA

Ya estamos en Primavera. Para las imaginaciones exaltadas como la mía, este tiempo dichoso es casi un peligro. Cuando los árboles visten la galana riqueza de sus verdores, cuando sus brazos retorcidos y esqueléticos se llenan de hojas bajo un cielo luminoso y azul, cuando los almendros florecen y brotan las lilas y las violetas nos envuelven en su perfume delicado y señoril, como si nos acariciaran dulcemente, cuando las mariposas baten la tibia quietud del aire con la seda de sus alas tembladoras, revive el amor, renacen los sueños, asaltan al espíritu mil evocaciones cariñosas, íntimas y sutiles, que conmueven el pecho con encantadoras inquietudes.

Yo confieso que la Primavera tiene para mí irresistibles seducciones. Es el tiempo artista, el tiempo ideal, en el que todas las energías son jóvenes y la vida tiene un perpetuo florecer de esperanzas. El optimismo ríe en los ojos y juega amablemente en los labios pródigos en promesas y felicidades.

Los cuerpos femeninos muestran el esplendor de sus encantos, la hermosura sugestionadora de sus líneas perfectas, discretamente veladas por la perfidia de las gasas y los tules vaporosos y ligeros; los tonos de color son claros, de alegría, como el ambiente, como el sol, como las ilusiones que danzan en torno de nuestras almas



terminado. Únicamente el triunfo de la falda ancha, hace tanto tiempo anunciado por mí y manifestado diestramente en la iniciada evolución de nuestras *toilettes* del pasado verano y de manera más franca en el invierno, es lo que os puedo confirmar. Pero ésto por sí sólo no basta para satisfacer la curiosidad de la menos exigente ni para determinar cuál haya de ser la idea principal que presida la confección de nuestros trajes en la inmediata estación.

Lo único positivo hasta ahora es que se pierde por completo la grácil silueta que destacaba la pulida redondez de la línea, rindiendo los debidos homenajes a la soberana belleza de la forma.

Bajo el dosel sedoso de las sombrillas nuestra figura no destacará sobre el obscuro verdor de los bojés y de los ebónibus, el primor de su esbeltez y de su gracia helénica. La melancolía de las tardes de Abril nos sorprenderá con la nueva forma de vestido que al dibujarse en el cristal de las aguas como en la tersa luna de un espejo, nos recordará los días del Trianon y de Versalles, las horas trágicas del terror.

ROSALINDA



y se marchitan y vuelven a brotar como las rosas en los jardines.

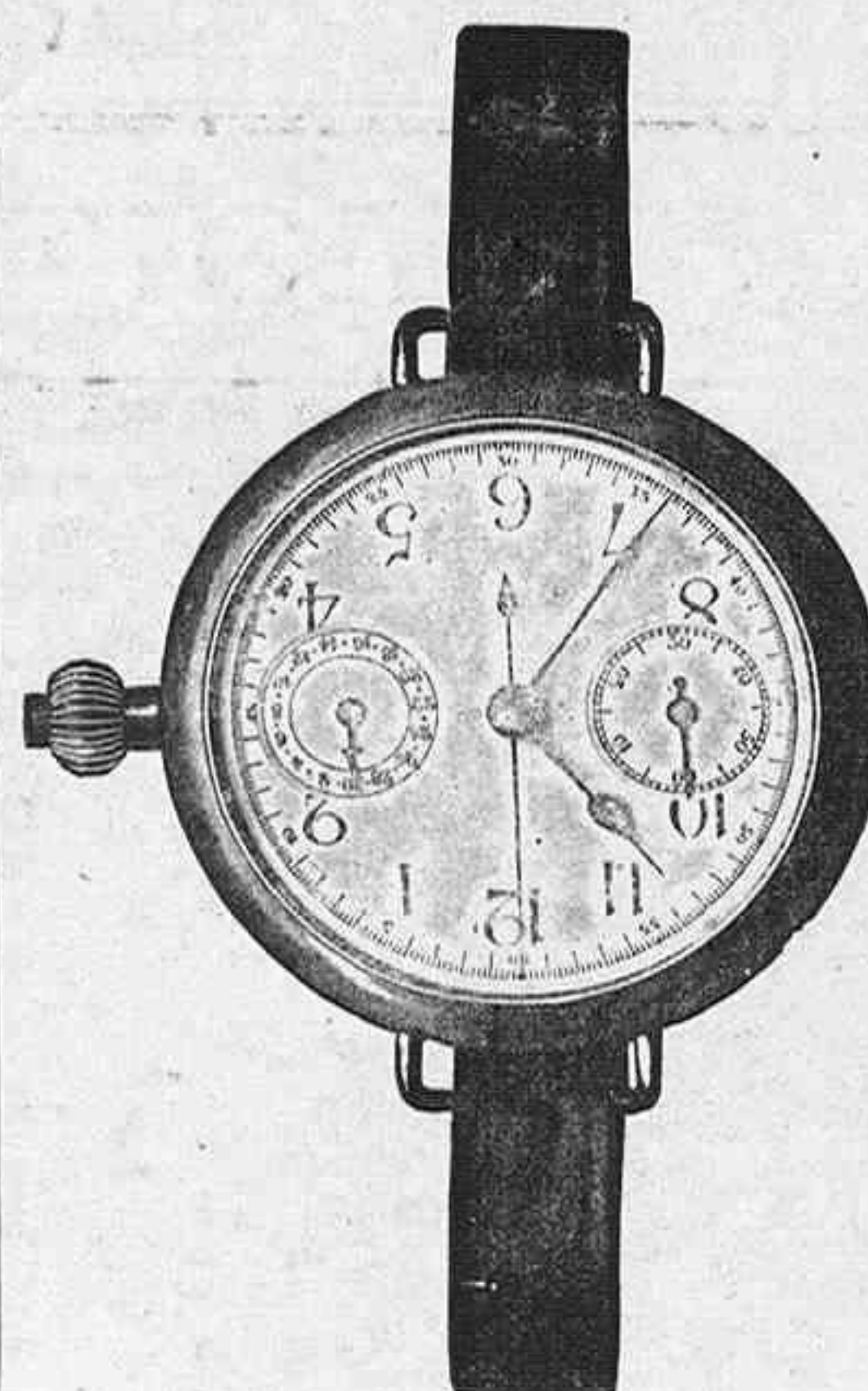
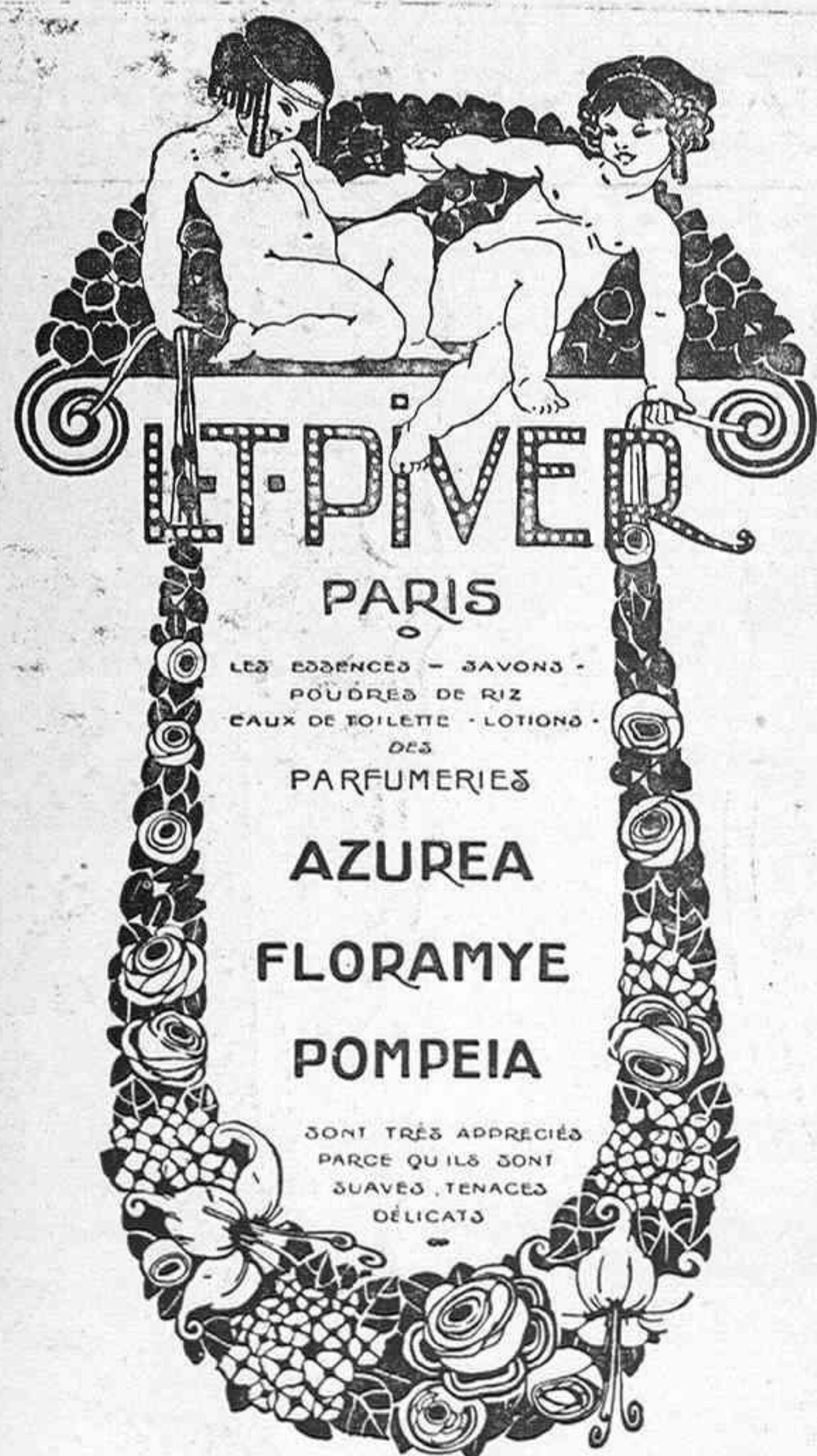
Es un bello tiempo al que hay que hacer la ofrenda de nuestra distinción y de nuestro gusto con mayor cuidado y más perseverante empeño que á ningún otro del año.

Y siendo cierto que nosotras no damos paz á la imaginación, ni sosiego á la curiosidad en este continuo tejer y destejer de la Moda, no lo es menos que la de Primavera debe esclavizar nuestra atención enteramente y con mayores tiranías por ser la época precisa en que el arte y el sentimiento manifiestan mayores intensidades y la belleza luce todos sus esplendores.

Sin embargo las dolorosas circunstancias porque el mundo atraviesa no son muy propicias este año para grandes transformaciones en el vestido.

Nuestra completa sumisión á las orientaciones extranjeras dificulta la aplicación de la originalidad y de las iniciativas nacionales al arte de vestir y aunque mis lectoras recordarán que al principio de la guerra, en un véspero otoñal también tibio y romántico como un atardecer de primavera, dimos un grito de rebelión contra estas tiranías extrañas, lo tristemente cierto es que aquello, en apariencias decisivo y prometedor de grandes ideas que definirían y concretarían el gusto español y la sensibilidad artística de nuestras damas, no ha pasado de ser un propósito.

Estamos en un período de incertidumbre, caminando á ciegas, sin guía experto ni rumbo de-



**Fábrica de Relojes
DE CARLOS COPPEL**

:: MADRID ::
Calle de Fuencarral, 27

Reloj-Pulsera, especial para
Sport, con cronógrafo y contador
(plata con pulsera de cuero)

A PTAS. 100

GARANTÍA DE BUENA MARCHA

REMESAS Á PROVINCIAS

KÂULAK
FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: **50 céntimos**
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. MASSIP y COMP.ÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Dirijanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ♦ Apartado de Correos, 571 ♦ Dirección telegráfica, Telefónica :::: y de cable, Grafimun ♦ Teléfono, 963 ::::

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA
ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

HERMOSILLA, 57

MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado



JABÓN FLORES DEL CAMPO

PERFUMERIA FLORALIA

La mujer, lo más adorable de la humanidad, adora todo aquel producto que realce sus encantos. El **Jabón Flores del Campo** debe su enorme éxito á sus condiciones admirables é higiénicas.

PASTILLA GRANDE, 1'25 * PASTILLA PEQUEÑA DE PROPAGANDA, 0'30

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS